

# PSICOLOGÍA, CIENCIA E HISTORIA: LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA EN LOS ALBORES DE LA PROFESIONALIZACIÓN E INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA PSICOLOGÍA (1960-1975)

PSYCHOLOGY, SCIENCE AND HISTORY: THE PHILOSOPHY OF SCIENCE IN THE DAWN OF PROFESSIONALIZATION AND INSTITUTIONALIZATION OF THE HISTORIOGRAPHY OF PSYCHOLOGY (1960-1975)

*Catriel Fierro<sup>1</sup> y Hugo Klappenbach<sup>2</sup>*

1. Universidad Nacional de Mar de Plata, Buenos Aires, Argentina
2. Universidad Nacional de San Luis - CONICET, Argentina

## **Resumen**

*Este trabajo presenta un relevamiento y análisis de los vínculos entre la filosofía de la ciencia y la historiografía de la psicología durante los quince primeros años de la Historia de la Psicología como especialidad académica. Con el objetivo de caracterizar la recepción de las filosofías de la ciencia post-positivistas en el contexto del positivismo de los psicólogos experimentalistas, se recuperan y analizan las obras históricas centrales de dos historiadores seminales del período: Edwin Boring y Robert Watson. Se detalla la recepción activa de dichos autores de la filosofía de la ciencia de Thomas Kuhn en su primera edición (1962). Se puntualizan luego ciertas críticas sobre la modalidad de dicha recepción y sobre la adecuación general de la filosofía kuhniana respecto a la psicología. Finalmente, se esbozan brevemente ciertos cambios en la relación filosofía-historia de la psicología posterior a 1975, atribuidos estos a la formación y orientación de las nuevas generaciones de historiadores profesionales de la psicología, y específicamente a la receptividad de filosofías popperianas, laudanianas y lakatosianas, y a la superación de la relación de subordinación de la historia respecto de la filosofía de la ciencia. Se concluye que, en el marco de la polémica “internismo-externismo” en historiografía, el grueso de los trabajos relevados expresan un viraje entre un internismo*

intelectualista o idealista (Boring) hacia un externismo sociológico laxamente definido y en extremo generalista (Watson) consumado sólo a partir de la década de 1980.

*Palabras clave: Filosofía de la psicología, historiografía de la ciencia, historiografía de la psicología, relación filosofía-historia de la ciencia, dicotomía internismo-externismo.*

### **Abstract**

*This paper presents a survey and analysis of the links between philosophy of science and historiography of psychology during History of Psychology's first fifteen years as an academic specialty. With the aim of characterizing the reception of post-positivist philosophies of science in the context of positivist-oriented experimental psychologists, the main historical works of two seminal historians of the period, Edwin Boring and Robert Watson, are retrieved and analyzed. The active reception of Thomas Kuhn's philosophy of science as expressed in the first edition of his seminal monography (1962) is detailed. Criticisms about the modality of such reception in historiography and about the overall adequacy of Kuhn's philosophy if applied to psychology are then detailed. Certain changes regarding the philosophy-history of psychology relationship following the post-1975 period are finally and briefly outlined, attributing these changes to the training and orientation of the new generations of professional historians of psychology, and specifically to the receptivity of Popperian, Laudanian and Lakatosian philosophies of science, and to the overcoming of the relationship of subordination of the history of psychology in relation to the philosophy of science. We conclude that, regarding the controversial "internalism-externalism" in historiography, most of the works surveyed in the fifteen-year period express a shift between an intellectualist or idealistic internalism (Boring) towards a loosely defined, extremely general sociological externalism (Watson) accomplished only during the 1980s.*

*Keywords: philosophy of psychology, historiography of science, historiography of psychology, history of science-philosophy of science relationship, internalism-externalism debate.*

### **Introducción**

Mucho se ha redactado sobre la historiografía y los historiadores de la psicología, especialmente de los pioneros anglosajones,

quienes, psicólogos de profesión, emprendieron especialmente a partir de 1930 la tarea de reconstruir la historia de la disciplina (Ash, 1983; Klappenbach, 2000). De entre una multitud de tales psicólogos y obras, fue

la historia de la psicología *experimental* del decano de los historiadores anglosajones, Edwin Boring, la que probablemente atrajo más atención y, posteriormente, revisiones (Boring, 1950/1978). Tal historia fue la base de múltiples críticas, tanto teóricas como metodológicas no sólo desde ámbitos historiográficos y cultuales anglosajones (Abib, 2005; Araujo, 2009; Blumenthal 1975, 1980; Danziger, 1979a, 1979b, 1980; Kelly, 1981; O'Donnell, 1979; Wettersten, 1975; Young, 1966), sino inclusive en Iberoamérica (Abib, 2005; Araujo, 2009; Klappenbach, 2006; Ovejero, 1994). Especialmente a partir de 1970, tales críticas reconocerían el aporte a la historiografía de la psicología de las nuevas tendencias en Historia de la Ciencia, y que, ellas mismas en calidad de argumentos fundamentados, servirían de *momentum* para visibilizar dichas nuevas tendencias en el campo de la disciplina. A pesar de las críticas recibidas, aún en la actualidad la historia de Boring es considerada un hito en el campo (Vaughn-Blount, Rutherford, Baker & Johnson, 2009).

Gran parte de las críticas de la *nueva* historia de la psicología a la historia *clásica* de la disciplina tenían causa declarada o implícita en la filosofía de la ciencia que guió las narrativas históricas de la generación de Boring; generación respecto a la cual debe decirse que el autor fue representante cabal pero no único miembro<sup>1</sup>. De cara a las nuevas tendencias en filosofía, sociología e historiografía de la ciencia hacia 1960, la historia de Boring fue considerada como excesivamente presentista, justificacionista o auto-legitimante, celebratoria y positivista (e.g. Danziger, 1990; O'Donnell,

1979)<sup>2</sup>. Acerca de este último e importante rasgo, el modelo historiográfico de Boring osciló durante la vida del autor entre un individualismo personalista de cuño materialista y hasta biológico (el modelo clásico de los “Grandes Hombres” reformulado desde el operacionismo psicológico y aplicado a la historia de la ciencia) (Lafuente, 2011; Tortosa, Mayor & Carpintero, 1990), y un sociologismo generalista extremadamente diluido bajo la fórmula del “Zeitgeist” –fórmula criticada por historiadores posteriores especialmente por su inocuidad explicativa<sup>3</sup> (Ross 1969)–.

La mayoría de las críticas a Boring, sin embargo, priorizan el producto de su modelo historiográfico: es decir, a su *historia experimental de la psicología*, atendiendo en menor medida a los implícitos filosóficos subyacentes a sus decisiones teóricas y metodológicas. Y si bien ciertos estudios (Madden, 1965) han puntualizado en su filosofía de la ciencia, sólo pocos han vinculado la epistemología promovida por Boring con sus reconstrucciones históricas más allá de su clásico manual generalista (Klappenbach, 2006). En cualquier caso, consideramos esencial contextualizar la filosofía de la ciencia basal a la historiografía de la psicología de los años 60' en los considerables cambios que la Historia de la Psicología comenzaba a experimentar hacia dicha década ante su profesionalización e institucionalización incipiente; cambios que no en menor medida el campo comenzaba a experimentar debido a la recepción activa de las innovaciones en filosofía, historiografía y sociología de la ciencia post-positivistas

y posmodernistas (Brozek, 1969; 1990; Fierro, en prensa; Sokal, 1984). En este sentido, sólo hacia finales de la década de 1970, y de forma lenta y progresiva, los psicólogos-historiadores parecen haber comenzado a tematizar y reflexionar en torno al problemático y conflictivo vínculo entre la filosofía de la ciencia (especialmente sus vertientes historicistas) y las reconstrucciones históricas de la ciencia (Guillaumin, 2005a; Kuhn, 1968/1977; Laudan, 1990/2005). Pero tales reflexiones aparecen, ante una perspectiva diacrónica, precisamente como *productos* (al menos en parte) de la revisión de las historias clásicas de la psicología de Titchener, Boring, Brett y otros. E independientemente de tales tematizaciones, como ha observado Nickles (2005), podemos asumir la existencia de relaciones específicas entre la historia y la filosofía de la ciencia, se expliciten o no.

De cara a los escasos pero estimulantes pronunciamientos críticos en torno a la historiografía posmodernista adoptada por los “nuevos” historiadores (o historiadores “críticos”) de la psicología de la década de 1980 (Lovett, 2006), considerando las limitaciones de las pretensiones de dicha historiografía de fundamentar filosofías de la ciencia con pretensiones epistemológicas y metodológicas (Guillaumin, 2005b; Laudan, 1992/2005) y haciéndonos eco de las críticas de epistemólogos e historiadores a la aplicación inmediata y superficial de filosofías de la ciencia extra-psicológicas sobre el campo disciplinar de la psicología y su historia (Caparros, 1991; Coleman &

Salamon, 1988; Serroni-Copello, 1986), el presente trabajo, ubicado laxamente en el campo de la historia de la historiografía de la psicología, pretende caracterizar los vínculos que los primeros historiadores de la disciplina establecieron con la filosofía de la ciencia, especialmente en los años en que aquellos comenzaban a conformarse como un grupo autoconsciente y definido de investigadores al interior de la Psicología. Tal período, que según Watson (1975) y Brozek (1990) comprende el período entre 1960 y 1975 ha sido descrito en términos generales como un momento de acercamiento progresivo entre la historiografía de la disciplina y, entre otras cosas, los problemas resultantes de la relación entre la filosofía y la historiografía de la ciencia (Capshew, 2014; Klappenbach, 2000, 2014).

Con el objetivo de caracterizar la recepción de las nuevas filosofías de la ciencia –predominantemente anglosajonas– en la historiografía de la psicología entre 1960 y 1975, se releva y describe aquí el tratamiento dado por los psicólogos-historiadores a dichas nuevas filosofías en el contexto de la aceptación generalizada de los experimentalistas anglosajones del positivismo en alguna de sus versiones. A partir de recuperar el contenido de los principales productos historiográficos en psicología del período propuesto, se analiza la recepción y modificación activa por parte de Edwin Boring y de uno de sus discípulos, Robert Watson, de la filosofía de la ciencia propuesta por Thomas Kuhn en su obra clásica (Kuhn, 1962/1970) en los modelos de análisis histórico de la disciplina propuestos por

aquellos. A continuación, se sintetizan algunas observaciones críticas en torno a tal adaptación idiosincrásica en el campo de la historiografía de la psicología, a la luz tanto de las particularidades del desarrollo diacrónico de la disciplina como de la problemática relación entre la historia y la filosofía de la ciencia. Se esbozan luego ciertos cambios generales producidos luego de 1975 en el campo historiográfico respecto a la filosofía de la ciencia. En el marco de lo que fuera considerado en las primeras décadas del siglo XX uno de los grandes temas transversales a la historiografía de la ciencia –la polémica dicotomía “internismo-externismo” (Medina, 1983; Shapin, 1992/2005)–, se caracteriza conjeturalmente el grueso de la producción del período analizado como expresando un viraje entre un internismo predominantemente intelectualista y un externismo de tipo sociológico, laxamente definido y de índole general, que sólo se consumó en indagaciones concretas a partir de 1980.

### **Los historiadores de la psicología descubren la filosofía de la ciencia**

Considerando que hacia 1950 las historias de la psicología constituían más resúmenes pedagógicos y obras generales realizados por psicólogos y entusiastas independientes que monografías específicas y sistemáticamente argumentadas hechas por especialistas (Ash, 1983; Capshew, 2014), es comprensible que las reconstrucciones históricas en tales obras no prestasen especial atención a la filosofía de la ciencia, ni extrajesen del

pasado disciplinar reflexiones o elaboraciones normativas sobre la psicología.

Tal panorama comenzó a cambiar progresivamente alrededor de 1960, cuando los psicólogos interesados en cuestiones históricas comenzaron a organizarse y delinear propuestas institucionales y académicas<sup>4</sup>. Los propios psicólogos-historiadores comenzaron a esbozar ideas de cuño filosófico, como la propuesta de las raíces sociales y culturales de la disciplina, la existencia de tendencias “nacionales” en ciencia (Watson, 1965) o la necesidad de resituar la historiografía en la sociología de la ciencia (Brozek, 1969); ideas que ampliaron el horizonte de los problemas de la historiografía de la disciplina<sup>5</sup>.

Además de tal elemento interno para explicar dicho cambio progresivo, debe destacarse la existencia de difundidas críticas externas a la calidad de la historiografía de la psicología promediando la década de 1960. Una de las más punzantes críticas, quizá la más conocida, fue la del primer doctorado en historia de temas psicológicos, el historiador e intelectual orientado por el marxismo Robert Maxwell Young. Young (1966) criticaba a los historiadores de la psicología, entre otras cosas, su dependencia de teorías históricas absurdas si exclusivas (como el modelo de los “Grandes Hombres”), sus limitaciones metodológicas autoimpuestas (especialmente en lo tocante al presentismo y a la dependencia respecto a fuentes secundarias) y su ausencia de refinamiento epistemológico, entre otras cosas al momento de definir el *locus*

de la historia de la ciencia (individuos, instituciones, comunidades científicas, escuelas de pensamiento, etc.). En síntesis, Young sostenía que las historias excesivamente descriptivas del período pre-1965 “dejaban por fuera los cabos sueltos y las preguntas provocativas que estimulan la investigación” (Young, 1966, p. 16).

Esto, lejos de ser accidental, se debía para Young tanto al “positivismo extraordinariamente ingenuo” (Young, 1966, p. 17) y a las alianzas, compromisos e implícitos profesionales previos de los historiadores de la psicología: un punto en que múltiples revisionistas han concordado (Ash, 1983; O'Donnell, 1979; Wettersten, 1975), especialmente en el caso concreto de la incidencia del naturalismo experimentalista, materialista y operacionista de Boring. El positivismo historiográfico implicaba, a la vez que un naturalismo o realismo ingenuo respecto del objeto de las narrativas históricas, un repudio intenso a cuestiones filosóficas (tanto en el contenido de las narrativas históricas sobre psicología, como en las conclusiones que tales permitían extraer para la filosofía de la ciencia). En consecuencia, Boring era especialmente reacio a plantear cuestiones epistemológicas (como el cambio teórico, la controversia científica o las prácticas reales) a partir de las reconstrucciones históricas de la psicología. Esta “tensión esencial” (Capshew, 2014, p. 154) entre los principios historiográficos y los principios profesionales de los psicólogos volcados a la historia no fue exclusiva de Boring (Fierro, 2015). Por el estímulo

que representaron para la Historia de la Psicología (Hilgard, Leary & McGuire, 1991; Vaughn-Blount et al., 2009), se describe a continuación la historiografía de Edwin Boring y de Robert Watson, haciendo especial énfasis en sus filosofías de la ciencia subyacentes. La representatividad de Boring respecto a la historia clásica de la disciplina, y el carácter en cierto sentido innovador de la propuesta de Robert Watson justifica tal circunscripción metodológica.

### **La recepción de la filosofía e historia de la ciencia de Thomas S. Kuhn**

#### *Entre el sociologismo y el naturalismo: Edwin G. Boring (1929-1963)*

En el contexto de las críticas recién esbozadas, el propio Boring, tal como otros historiadores previos lo habían hecho de forma atenuada años antes<sup>6</sup>, aparentemente modificó ligeramente su postura historiográfica y filosófica hacia el final de su vida, siendo uno de los primeros psicólogos-historiadores en hacerse eco de la terminología y visión kuhniana de la ciencia.

Como se extrae de sus propios trabajos (Boring, 1927/1963, 1930, 1954, 1955, 1963a), este historiador conjeta que el *Zeitgeist*, “el cuerpo total de conocimiento y opinión disponible en un tiempo determinado para una persona viviente en una cultura determinada” (Boring, 1955, p. 106) constituye una “matriz psicosocial” donde los “Grandes Hombres” emergen, se desarrollan y

generan revoluciones científicas. Debido a tal matriz, y a través de un tipo de determinación idealista poco explícitada, los “Grandes Hombres” cumplen el mandato del espíritu del tiempo que les toca vivir. Sin embargo, tal cumplimiento se realiza concretamente en el cerebro de los “Grandes Hombres”: no fuera de ellos (en sus obras, por ejemplo) o entre ellos (a través del consenso, argumentación, etc.). Dado que la postura historiográfica de Boring constituye así, esencialmente, un determinismo supra-personal, donde los cambios científicos se explican reducitivamente por eventos fisiológicos en los sistemas nerviosos de ciertos “Grandes Hombres” que son a su vez emergentes del *Zeitgeist* (Boring, 1950/1990, 1955, 1963a), existe un conflicto fundamental con las principales premisas de la filosofía de la ciencia post-positivista, al menos aquellas propias de las obras clásicas (Kuhn, 1962/1970).

A pesar de esto, Boring busca adecuar la postura kuhniana en torno al cambio científico a su modelo filosófico e historiográfico, enfatizando el carácter progresivo de la historia de la psicología, paralelamente a reconocer la existencia de revoluciones científicas. Contra el indeterminismo individual (o, en un sentido amplio, el determinismo socio-lógico internalista) de Kuhn, Boring sostiene que las acciones de los Grandes Hombres están determinadas “puesto que la libertad es un concepto negativo, una afirmación de la ignorancia de las causas de la elección, las causas que una perspectiva determinista demanda” (Boring, 1963a, p. 7). Sorteando el

discontinuismo kuhniano, Boring sostiene que “el crecimiento de la ciencia es continuo, el presente crece [*grows out*] del pasado. El futuro impredecible [...] será la consecuencia de tendencias que ahora están en desarrollo en nosotros” (Boring, 1963a, p. 12). A pesar de acordar declarativamente con el communalismo sociológico kuhniano, Boring argumenta que “una gran cantidad de progreso científico se realiza en ocasiones en el interior de la cabeza de un científico” (Boring, 1963a, p. 14), ejemplificando esto con el “cambio paradigmático” ocurrido en la cabeza (mente y cerebro) de Galileo luego de sus observaciones en torno a los cuerpos celestes. Esto necesariamente distorsiona el carácter *colectivo* de las revoluciones científicas postuladas por Kuhn<sup>7</sup>, y reduce al Gran Hombre y a su originalidad “al estatus de un *agente*, un efecto de la historia que es permitido por los tiempos” (Friedman, 1967, p. 23 [énfasis agregados]).

Acerca de los paradigmas kuhnianos, Boring los ubica como conceptos de la tercer “ola” de la historia de la ciencia (el período definido por el historiador de la psicología como determinista, generalista y anti-individualista).

Naturalmente, nuestro trabajo excede el estudio crítico de la obra de Kuhn y de su recepción en el campo de las ciencias sociales contemporáneas. Pero señalemos únicamente que la *vulgata kuhniana*, si se nos permite el término, es decir, la divulgación acrítica de los fundamentos a partir de los cuales Kuhn elaboró sus concepciones, ha pasado

por alto por lo menos tres cuestiones decisivas.

La primera, la manera en la cual Kuhn adapta el concepto de paradigma del estudio de Bruner y Postman (1949) sobre la percepción de los naipes anómalos. Es claro que el estudio de Bruner y Postman, es un estudio sobre psicología cognitiva de la percepción. El estudio confirmaba que la organización perceptual se encuentra fuertemente determinada (*powerfully determined*) por las expectativas construidas en el pasado en el intercambio con el medio. Cuando se violentan tales expectativas por el entorno (como en el caso de los naipes anómalos), se produce una *resistencia al reconocimiento de la percepción anómala o inesperada*. Esa resistencia se manifiesta a través de una compleja y sutil respuesta perceptual que igualmente puede distinguirse y que varía entre a) *reacción de dominancia* o b) una parcial asimilación de la expectativa, denominada *reacción de compromiso*. Sólo cuando esa respuesta falla y no se produce el reconocimiento correcto, se produce una *ruptura perceptual*. Finalmente, concluían Bruner y Postman, el *reconocimiento correcto* se produce cuando las expectativas inadecuadas son descartadas luego del error o la confirmación.

Lo interesante es que Kuhn señaló:

Ya sea como metáfora o porque refleja la naturaleza de la mente, *este experimento psicológico proporciona un esquema maravillosamente simple y convincente para el proceso del descubrimiento científico*. En la ciencia, como en el

experimento con las cartas de la baraja, la novedad surge sólo dificultosamente, manifestada por la resistencia, contra el fondo que proporciona lo esperado. (Kuhn 1971, p. 109 [las itálicas son nuestras]).

Cabe interrogarse, ¿es legítimo el traspaso de las conclusiones de un estudio sobre psicología cognitiva al dominio de la filosofía de la ciencia? Si fuera así, ¿no se encontraría Kuhn ante una gran *contradicción* ya que le otorgaría una enorme importancia al momento de la *observación en la construcción del conocimiento científico*?

La segunda cuestión que la vulgata kuhniana ha descuidado, es que precisamente la imprecisión del concepto paradigma generó el conocido cuestionamiento de Margaret Masterman quien señaló que en la *Estructura de las revoluciones científicas*, resultaba posible identificar *veintiún acepciones diferentes* de la noción de paradigma, desde “un conjunto de creencias”, “una especulación metafísica acertada”, “un standard” hasta “una obra clásica”, “una decisión que crea jurisprudencia” o “una figura gestáltica” (Masterman, 1970/1975). Lo interesante es que Kuhn reconoció tempranamente el valor del cuestionamiento de Masterman, y propuso dejar de lado el término paradigma:

Coincidí con ella [Margaret Masterman] en la apreciación de que el término “paradigma” señala el aspecto filosófico fundamental de mi libro, pero que el tratamiento que allí se hace es bastante confuso. Ningún aspecto de mi punto de

vista ha cambiado más que éste desde que fue escrito el libro, y el artículo de Masterman ha contribuido a este cambio. (Kuhn, 1975, p. 395)

Por tal razón, en sus *Segundas reflexiones acerca de los paradigmas*, Kuhn (1979) desestimó el uso del concepto de paradigma, y propuso la noción de *matriz disciplinar*, como un concepto al mismo tiempo más *abarcativo* pero más *preciso*.

Y la tercera cuestión que la vulgata kuhniana ha pasado por alto, es que aun cuando Kuhn es recordado como un filósofo de la ciencia discontinuista (mejor todavía, revolucionario), el propio Kuhn afirmaba:

En la ciencia como en la geología hay *dos clases de cambio*. Uno de ellos, la ciencia normal, es el proceso generalmente acumulativo mediante el cual se robustecen, articulan y amplían las creencias aceptadas por una comunidad científica... Desde luego, como dice Toulmin, las dos clases de cambio se interpenetran: las revoluciones no son más totales en la ciencia de lo que lo son en otros aspectos de la vida. (Kuhn, 1975, p. 415 [las itálicas son nuestras])

Podría afirmarse, entonces, que Boring se inclinaba por una de las dos fuentes del cambio científico para Kuhn, cuando utiliza el término como argumento del carácter continuista y progresivo de la historia de la psicología. Boring sostiene que “el paradigma es más complejo que un modelo, menos concreto, y como Kuhn lo concibe, menos consciente,

*en gran medida siendo conducido en la corriente el Zeitgeist, la corriente de creencias*” (Boring, 1963a, p. 9). En su reseña de la obra kuhniana, Boring define un paradigma como “un modelo para el camino que el pensamiento científico debería recorrer, la presunción implícita en la investigación, asumida mientras se utiliza, realizada la mayor parte del tiempo de forma inconsciente en el curso del Zeitgeist” (Boring, 1963b, p. 180). Al adaptar (o más bien identificar) los paradigmas kuhnianos con su concepto de *Zeitgeist* o “matriz psicosocial”, Boring sostiene que tales paradigmas pueden retardar el progreso como también pueden impulsarlo lo mismo que el *Zeitgeist* (Boring, 1955), asumiendo así que tales paradigmas tendrían una existencia exterior a la propia comunidad científica y que constituirían algo más que “aquellos ejemplos aceptados de la práctica científica real –ejemplos que incluyen leyes, teorías, aplicaciones e instrumentación en su conjunto– [que] proveen *modelos* de los que brotan tradiciones peculiares coherentes de investigación científica” (Kuhn, 1962/1970, p. 10 [énfasis agregados]). Tal adaptación lleva a su vez a que Boring conciba que las motivaciones de los científicos se reduzcan, predominantemente, a la resolución de problemas, ubicando contradictoriamente a los genios o Grandes Hombres responsables de las revoluciones como “artistas en el *puzzle-solving*” (Boring, 1963a, p. 18)<sup>8</sup>.

Todo lo anterior se sintetiza en la siguiente afirmación de Boring:

Los Grandes Hombres son consecuencias de los Grandes Eventos [...] Los Grandes Eventos, lo que Kuhn denomina revoluciones científicas, son las razones por las que la posteridad señala Epónimos a que etiquetar y Grandes Eventos a que dignificar. La grandeza es, a su vez, tanto neurológica como psicológica. Es neurológica en la medida en que es un evento crucial existiendo en la cadena causal de la historia, que procede dentro de la matriz psicosocial puesto que consiste en interacciones entre el cerebro pensante de un hombre en una ocasión suficiente para producir una pequeña o grande revolución en el pensamiento científico. (Boring, 1963, p. 16)

***Más allá del maestro:  
Robert I. Watson (1960-1979)***

Alumno de Boring pero sin haberse formado bajo su égida, e instrumental en la organización y establecimiento institucional de la historiografía de la psicología, Robert Watson fue otro autor particularmente receptivo de la filosofía de la ciencia kuhniana. Múltiples análisis han recogido la incidencia de Kuhn sobre Watson (Caparrós, 1991; Gallegos, 2014; Tortosa et al., 1990). Ciertas obras del autor sugieren, sin embargo, que puede hablarse de una activa apropiación y modificación por parte del autor de las premisas kuhnianas: apropiación marcadamente distinta de la de Boring en torno a dichas premisas, e incluso alternativa a, o superadora de la historiografía boringiana.

A diferencia de Boring, Watson reconoció lo negativo del aislamiento de los escasos psicólogos con intereses históricos hacia 1960 respecto a la historia de la ciencia como especialidad académica (Watson, 1960). En el mismo sentido, contra el rechazo de Boring de la filosofía por considerarla metafísica, Watson consideraba que “la psicología no puede divorciarse completamente de la filosofía ni en su historia ni en su funcionamiento presente [...] La psicología no es más científica por intentar esconder bajo la alfombra este hecho a veces molesto” (Watson, 1967/1990, p. 186). Puede concebirse factiblemente que tal actitud fuese la que permitió a Watson una recepción más rigurosa y a la vez productiva de la filosofía de la ciencia en general. Adicionalmente, Watson definió concretamente la historia de la disciplina como el estudio de tendencias culturales duraderas al interior de la disciplina (entendidas estas como las diversas agrupaciones y escuelas teóricas). Contrario al internismo intelectualista de la historiografía de Boring, Watson adoptó tempranamente una postura intermedia en la dicotomía epistemológica internismo-externismo.

La psicología siempre ha respondido en parte a su ecosistema social, pero también ha sido guiada por una lógica interna propia. No podemos enfatizar una de dichas tendencias en desmedro de la otra. La psicología no refleja con conformidad pasiva la cultura, ni existe en un vacío social. (Watson, 1960, p. 254)

Esto implica entre otras cosas, y necesariamente contra la postura de Boring, que

si bien la historia de la psicología *experimental* es parte esencial de la disciplina, “otros aspectos de [la historia de] la psicología también existen” (Watson, 1960, p. 254), como –ejemplifica el autor– la historia de la psicología personalística, o la historia de la psicología no experimental en general. La apertura de Watson a una necesaria renovación de la historiografía quedaba explicitada en su clásica declaración de 1960 al decir que los estudios requerían, entre otras cosas, de conocimiento en historiografía, en filosofía de la historia, en historia de la ciencia y en *filosofía de la ciencia*, especialmente en sus vertientes externalistas e historicistas (Watson, 1960, 1966b).

Tal sensibilidad respecto de la filosofía de la ciencia se evidenció en Watson, entre otras cosas, en el desarrollo de su enfoque “prescriptivo” sobre la historiografía de la ciencia. En primer lugar, debe explicitarse que Watson sostuvo que tal enfoque –descrito a continuación– fue producto de su lectura de *La estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn (Watson, 1966a). Puesto que en términos kuhnianos la psicología no poseería (ni habría poseído nunca) un paradigma aceptado transversalmente, la disciplina se hallaría en un estado pre-paradigmático: “Paradigmas definidos semánticamente [*contentually*] y aceptados internacionalmente aún no existen en psicología” (Watson, 1965, p. 133)<sup>9</sup>, lo que lleva a que, en un campo marcado por el escolasticismo, se preste menos atención a la discusión de los resultados *de las investigaciones* que a los propios *marcos globales* de dichas

investigaciones (las escuelas, los modelos filosóficos subyacentes, las propuestas metafísicas, etc.). Esta idea, reiterada luego por muchos otros autores, llevó sin embargo a Watson a preguntarse acerca de la racionalidad implícita en la dinámica de la psicología puesto que cada científico no hallaría, al menos de forma clara, un paradigma bajo el que orientarse. La respuesta a tal pregunta requeriría el desarrollo de un enfoque que permitiese, por un lado, explicar bajo qué principios se guiaban los psicólogos –si no se guiaban por paradigmas– y por otro lado, formular guías heurísticas de reconstrucción histórica: es decir, tanto “un sistema clasificadorio [...] [como] un medio conveniente para que un historiador concreto pueda organizar su narración” (Watson, 1967/1990, p. 183). Como respuesta a este interrogante, Watson desarrolló de forma inductiva una serie de categorías de análisis a que denominó prescripciones: las “prevaleentes inclinaciones o tendencias a actuar en formas definibles en una ciencia particular, en un país determinado y en un tiempo concreto” (Watson, 1965, p. 133), que constituirían el sostén y motor de la organización y dinámica de la disciplina. Las prescripciones, organizadas en dieciocho pares antitéticos (como “racionalismo-irracionalismo”, “funcionalismo-estructuralismo”, etc.) tendrían la función de orientar las conductas y estrategias resolutivas a los psicólogos en determinados momentos históricos y frente a los problemas prevalentes de su grupo o escuela de pertenencia (problemas psicológicos tales como el aprendizaje, la motivación, la conducta, etc.).

Las prescripciones “tienen una función directiva. Ayudan a orientar la forma en que el psicólogo-científico selecciona un problema, lo formula e intenta resolverlo” (Watson, 1967/1990, p. 180).

La relación entre las prescripciones y los paradigmas kuhnianos es clarificadora. En primer lugar, Watson define a los paradigmas como “modelos conceptuales aceptados en un período dado del desarrollo científico [...] que definen hasta cierto punto la ciencia en la que operan” (Watson, 1965, p. 133)<sup>10</sup>, a la vez que sintetiza adecuadamente la dinámica de la filosofía de la ciencia kuhniana (Watson, 1967/1990, pp. 175-177). Su caracterización de los mismos como “marcos intelectuales [que] informan sobre el tipo de entidades que pueblan el universo científico y cómo se comportan” (Watson, 1967/1990, p. 177) demuestra una lectura comparativamente más rigurosa que la que Boring realiza de la obra kuhniana. Con un refinamiento mayor a su maestro, Watson no iguala las prescripciones a los paradigmas: precisamente, las primeras constituyen aquello a que los psicólogos habrían echado mano luego de varias décadas de heterogeneidad y multiplicidad teórico-metodológica en el campo, por lo que son hijas de la ausencia de resoluciones ejemplares o matrices conceptuales universalmente consensuadas. A diferencia de los paradigmas, “una prescripción *no tiene que definir el contenido del campo en cuestión*” (Watson, 1965, p. 133): es decir, puesto que las prescripciones son actitudes, orientaciones o disposiciones a abordar los problemas de determinada

forma, no tienen el grado de concreción que poseen los paradigmas (luego “ejemplares”), que permiten al científico –al menos en períodos no revolucionarios– resolver problemas casi exclusivamente mediante analogías. Adicionalmente, según Watson las prescripciones se diferencian de los paradigmas en el punto en que, de cada par antítetico, los científicos pueden *seleccionar* las orientaciones que desean que orienten sus conductas científicas. Es decir que, a diferencia de los paradigmas, las prescripciones son, explícitamente, orientaciones con valor binario, que por tanto no constriñen externamente como el *Zeitgeist* boringniano ni ofrecen únicos sentidos como los paradigmas una vez que estos se han asentado como tales en períodos de ciencia normal.

Al igual que los paradigmas, las prescripciones no suelen ser verbalizadas, sino que están incorporadas implícitamente en el comportamiento científico –tal como el “conocimiento tácito” de Polanyi– al nivel de actitudes, motivos y valores (Watson, 1979) y por lo tanto, son a la vez evidentes y operativas en el sistema conceptual y conductual del psicólogo (Watson, 1966a)<sup>11</sup>. Y al igual que sucede con el concepto kuhniano (y en este punto, al igual que sucede en la generalidad de la filosofía de la ciencia historicista), Watson sostiene de las prescripciones son *históricas* en el sentido de que son esencialmente mutables (las prescripciones han cambiado a lo largo del tiempo en sus orientaciones y en su difusión y aceptación) y en el sentido de que constituyen parte esencial del

equipo intelectual cedido generacionalmente por los científicos. Los psicólogos han enfrentado problemas empíricos o teóricos a través de orientaciones actitudinales tomadas del pasado, por lo que las prescripciones son hijas de la apropiación activa de tendencias históricas por parte de los grupos contemporáneos de científicos con intereses, valores y normas igualmente contemporáneas.

Estas especificaciones, aunque característicamente kuhnianas, se apartan en puntos significativos del planteo del historiador de la física y, como hemos visto, aún más de los planteos de Boring. A diferencia de Boring, que iguala a las escuelas con los paradigmas, Watson sostiene que las escuelas –grupos estables de psicólogos encomendados a ciertos problemas, con figuras líderes sobresalientes y con pretensiones de omniexplicación teórica– constituyen grupos, en un sentido *psicosocial*, que comparten visiones filosóficas y metodológicas (Watson, 1979). Son las escuelas las que encarnan, se orientan y concretizan ciertas prescripciones, y si bien es cierto que las escuelas se caracterizan por conformar patrones relativamente estables de opciones prescriptivas, las escuelas *no se reducen a las prescripciones*. Las escuelas son, primero, agrupamientos reales de psicólogos con normas, actitudes, valores e implícitos, y luego, a nivel de la conducta individual de los científicos, vehículos de prescripciones (compárese esto con el determinismo supra-histórico e idealista de Boring, expuesto arriba). De hecho, en su conjunto las prescripciones, por su carácter y valor orientador

para el psicólogo y heurístico para el historiador, pueden concebirse como concretizaciones hipotéticas tanto del concepto de paradigma (a que Watson consideró como especialmente ambiguo y esquivo [Watson, 1966a, 1967/1990, p. 177]) como del concepto de *Zeitgeist* (Brozek, 1982). Hacia el final de su vida, Watson morigeró la aplicabilidad de la filosofía kuhniana a la psicología, o, en todo caso, advirtió las complejidades y ambigüedades presentes en la obra de Kuhn: al caracterizar a las escuelas psicológicas como algo más micro-comunidades (o “paradigmas parciales”) por los esfuerzos colectivos de dichos grupos en torno a defensas y ofensivas teóricas, el autor prácticamente desplaza el énfasis del hecho de que la psicología no sería una disciplina “madura” por no tener un paradigma universalmente *aceptado*, al hecho de que la psicología *ha sido* una disciplina sin un paradigma *transversalmente compartido* (Watson, 1979). No es aceptable hablar de *paradigma* en psicología, precisamente, por la ausencia histórica de un paradigma unificador y consensuado pero, además, por el hecho de que cada psicólogo histórico –conductista, gestáltico, funcionalista, psicoanalista– ha obrado de forma tal que se puede inferir –y algunos lo han manifestado así de forma explícita– que pertenecían a colectivos delimitados con el mismo sentido, componentes y fundamentos que los paradigmas kuhnianos. En tal sentido, entonces, la psicología sería una ciencia pluri (o multi) paradigmática<sup>12</sup>. Debe notarse que Watson reaccionó al sobreuso por parte de Boring de la noción general y descriptiva de *Zeitgeist*, sosteniendo que

el concepto “en sí mismo se encuentra vacío de contenido hasta que describimos lo que asignamos a ese *Zeitgeist* concreto [...] Una de las facetas desconcertantes de la teoría del *Zeitgeist* es justamente explicar cómo se dan reacciones diferentes al mismo clima de opinión” (Watson, 1967/1990, p. 191).

Finalmente, y en cierto disenso con las tesis internalistas de Kuhn en cuanto a la filosofía de la ciencia, Watson sostuvo la necesidad de explicar los productos científicos al menos parcialmente en términos “extra-científicos” (Watson, 1960, 1966b). Aunque no desarrolló investigaciones en esta línea, sostuvo la necesidad de complementar cualquier reconstrucción histórica tanto con estudios sobre psicología de la ciencia (originalidad, descubrimiento, motivación científica, etc.) como con estudios sobre “las influencias extrapsicológicas [de la ciencia], tales como las circunstancias sociales que pudieran haber influido sobre cada psicólogo” (Watson, 1967/1990, p. 192).

#### **Una recepción predominantemente asimilativa: Críticas a las incorporaciones kuhnianas en historiografía de la psicología**

El problema con la adaptación que Boring realiza de los conceptos kuhnianos es que estos terminan desprovistos de su originalidad y de su sentido primordial, al punto de que ciertos autores hablan de *distorsión* de dichos conceptos (Gruba-McCallister, 1978). En primer lugar, Boring indica que los paradigmas son *creados* intencionalmente por los científicos para

controlar la idiosincrasia imaginativa de los científicos –algo que Kuhn no sostiene, al menos no con el grado de cálculo y deliberación que Boring mente-. En segundo lugar, y con un tono marcadamente presentista, Boring sostiene que el paradigma “conserva el pasado” (Boring, 1963b, p. 182) en el sentido de que todo el pasado científico se preserva en cada paradigma y que los científicos reconocen tal hecho. Tal afirmación sólo puede sostenerse rechazando la *historicidad* de la ciencia y defendiendo un continuismo histórico, puesto que sólo evaluando el pasado en los términos del presente puede argumentarse que lo que los científicos conciben como paradigmático en cada momento de ciencia normal es idéntico a lo que los científicos percibían previo a la aceptación de la matriz disciplinar. Precisamente, una de las cuestiones que Kuhn sostenía con sus analogías perceptuales es que el *shift* paradigmático reestructura tanto los problemas contemporáneos como el *propio pasado*. Sólo si el historiador impone su propio conocimiento y su propia filosofía de la ciencia en calidad de *a priori* al reconstruir la historia de la ciencia puede afirmar, ignorando los claros discontinuos entre cada paradigma, que, por tomar sólo un ejemplo, el “paradigma” behaviorista conserva en su interior las teorías que, previas a su postulación y aceptación, constituyeron parte de la historia de la ciencia<sup>13</sup>.

Finalmente, en tercer lugar y fundamentando los dos puntos anteriores, debe virarse hacia la filosofía de la ciencia que Boring impone a la historiografía

para comprender su apropiación de las tesis kuhnianas. Como el propio Boring lo reconoce (1929/1963, 1950/1978, 1955, 1963a), uno de sus principales implícitos filosóficos es el *determinismo*, extraído este a su vez del experimentalismo metodológico propio de la psicología norteamericana de los años 20<sup>14</sup>. Siguiendo a Gruba-McCallister (1978), dos puntos deben destacarse aquí: la definición del causalismo de Boring como un proceso continuo, unidireccional y temporal, y la identificación exclusiva de las explicaciones deterministas con causas *eficientes*. Si agregamos tal identificación al naturalismo materialista de Boring, se extrae que para el historiador, la explicación y reconstrucción histórica deben fundamentarse en causalidades eficientes y materiales<sup>14</sup>. Esto tiene varias consecuencias: a la vez que, como se expuso arriba, se visualizará el motor de la historia en los *cerebros* de los “Grandes Hombres” emergentes del *Zeitgeist*, se excluyen de las explicaciones (y por tanto de las reconstrucciones históricas) las causas formales y finales –que dan lugar al indeterminismo o, por lo menos, a la contingencia momentánea. Boring explícitamente condena tanto al indeterminismo como al causalismo formal y al finalista (Boring, 1963a), de forma que el énfasis en la historia de la ciencia está en la concatenación de eventos históricos a lo largo del tiempo. Tal continuidad forma la “matriz psicosocial”, el *Zeitgeist*, ante lo cual

el progreso científico es creado por la convergencia de tendencias del pasado que producen el próximo paso en lo

que Boring ve como un proceso natural (esto es, con arreglo a leyes). El genio y la originalidad [...] son producidos de forma legalista por condiciones antecedentes –esto es, tienen causas eficientes-. (Gruba-McCallister, 1978, p. 209 [la traducción es nuestra])

Es claro que la causa eficiente (determinante) de tales factores, como se dijo arriba, es el *Zeitgeist*, la suma de conocimiento que acumulado a lo largo del tiempo da forma a los científicos que engulle. Sin embargo, el *Zeitgeist*, tal como lo define Boring (citado en el apartado anterior), ha debido dejar atrás los rasgos télicos que, en Goethe y Hegel, lo hacían una causa formal o final, al constituir sólo un “clima de opinión [...] un patrón de significados o una forma de ver el mundo (causa formal) poseído por las personas en un momento particular y en un lugar particular” (Gruba-McCallister, 1978, p. 209). Es precisamente a partir de reformular el concepto de *Zeitgeist*, desde algo que las personas *comparten* y a partir de lo cual se posicionan frente al mundo hacia una matriz psicosocial que los constriñe, empuja y determina, que Boring vuelve al concepto una causa eficiente funcional a su filosofía de la ciencia<sup>15</sup>. Tal operatoria, realizada más explícitamente entre 1950 y 1960, se ha consumado cuando hacia 1962-1963 Boring toma conocimiento, reseña y considera la epistemología kuhniana.

El problema radica en que, según Gruba-McCallister, el paradigma kuhniano (aun con los sentidos ambiguos atribuidos en la edición original de la obra

en 1962) constituye, aplicado a la historia de la ciencia, un tipo de explicación que se fundamenta en causas formales y finalistas. Se sigue de ello que si la definición de paradigma de Kuhn constituye una causa formal, Boring repite la reformulación arriba descrita, pero ahora sobre aquel concepto. Al enfatizar que el desarrollo científico tiene una continuidad a través de las revoluciones científicas, definidas como “Grandes Eventos” producto de “Grandes Hombres” productos a su vez de la incidencia del *Zeitgeist* en sus sistemas nerviosos (Boring, 1950/1978, p. 766), los paradigmas se reducen a elementos no-télicos, antecedentes en el tiempo a las revoluciones y esencialmente materiales –rastreables a la fisiología de los científicos<sup>16</sup>. En síntesis, siempre de acuerdo con el planteo de Gruba-McCallister, que seguramente podría discutirse,

Aquellas opiniones, creencias, asunciones y restricciones teóricas que constituyen un paradigma forman un patrón sistémico de relaciones, haciendo del paradigma una causa-formal. Aún más, el paradigma tiene un carácter télico en la medida en que actúa como una teoría o punto de vista con el cual el científico se aproxima al mundo y usa para organizar su experiencia de tal forma que se acomode a su teoría. (Gruba-McCallister, 1978, p. 210)<sup>17</sup>

Debe notarse, que tal reformulación debe entenderse en el marco general del disenso declarado de Boring respecto de Kuhn en cuestiones epistemológicas basales tales como la del progreso

científico. Donde, según Boring, Kuhn falla en percibir una meta para la ciencia puesto que esta no progresaría hacia la verdad, “yo digo que el progreso científico es hacia la expansión y hacia la unidad continuada, y que los paradigmas que apoyan este proceso son los más aceptables” (Boring, 1963a, p. 17, Boring, 1963b, p. 182)<sup>18</sup>. Así, el hecho de que los genios sean las causas suficientes de los avances en la ciencia a través de las revoluciones paradigmáticas ignora otros componentes –eminente sociológicos y culturales– de los propios paradigmas, como los valores, los implícitos metafísicos y las comunicaciones científicas –un punto enfatizado por Kuhn pero en mayor medida por sociólogos de la ciencia como Merton y Solla Price–.

Considerada la filosofía de la ciencia esencialmente monista, fiscalista y positivista de Boring (1963a; Madden, 1965) y su desprecio por el vínculo entre la psicología y la filosofía, reconocido tanto por él mismo (Boring 1929/1963) como por sus críticos (Danziger, 1979a; Jaynes, 1969; Watson, 1975), es comprensible que esa aproximación sesgada hacia Kuhn no estuviera destinada a dar frutos. A pesar de tener intereses historiográficos, la opinión de Boring de que “la psicología haría bien en abandonar su herencia filosófica” (Boring, 1929/1963, p. 18) representa una posición que, cuanto menos, necesariamente complejiza y conflictúa las posibles relaciones entre la historia de la psicología y la filosofía de la ciencia, entendida esta como una reflexión filosófica normativa sobre la disciplina<sup>19</sup>. Efectivamente, la “tradición

historiográfica” de Boring (Klappenbach, 2006) pretendía, precisamente, escapar a cuestiones filosóficas en pos de un rigor que, fundamentado en el operacionismo y el justificacionismo, sólo se lograría reconociendo el carácter *experimental* de la psicología.

Para reforzar la idea de la ambigüedad de al menos cierta parte de las obras de Boring por fuera de su clásico manual –ambigüedad ya destacada por otros autores (especialmente por Young)– cabe recordar que el propio Kuhn disintió expresamente con Boring cuando coincidieron en 1959 en un simposio sobre la historia de la cuantificación en la ciencia. Si bien no estrictamente en torno a cuestiones filosóficas, el disenso es ilustrativo tanto de la tendencia abarcativa de Boring al utilizar sus conceptos, como de la orientación más estrictamente *profesional* de Kuhn al momento de reconstruir históricamente tendencias o conceptos científicos. En su trabajo sobre los inicios y avances de la medición en psicología, Boring (1961/1963) identificaba como *campos* insoslayables para una historia de la medición en psicología la psicofísica de Fechner, los estudios de tiempos de reacción inaugurados por las investigaciones de Donders, las mediciones sobre memoria y aprendizaje (especialmente a partir de Ebbinghaus pero incluyendo a Pavlov, Watson y más tarde Skinner) y finalmente, el estudio de las diferencias individuales cuyo pionero sería Galton y cuyo mayor representante sería Cattell. Sin embargo, Boring iba más allá del siglo XVIII al sostener que los estudios de Kepler en óptica y de Galileo en audición

constituían ejemplos de prefiguraciones o antecedentes de mediciones científicas. Dos cuestiones deben destacarse: primero, su insistencia en el *Zeitgeist*, al sostener que no existía razón por la cual tales descubrimientos –la inversión de la imagen retinal y la frecuencia del tono “no podrían haberse realizado antes. En general, empero, el *Zeitgeist* se ha opuesto a la experimentación [...] Se requiere originalidad, la determinación del genio en ocasiones, para trascender el *Zeitgeist*” (Boring, 1961/1963, p. 142). En segundo lugar, el implícito (en su decisión metodológica de incluir a tales autores y tales descubrimientos dentro del campo de la historia de la medición) esencialmente presentista de considerar como medición incluso aquellas instancias experimentales donde los propios actores (los experimentalistas) no hablaban de tal actividad.

Quizá tanto por su formación en física como por su rigurosidad historiográfica al momento de tratar la temática de la medición en la física moderna, Kuhn define de forma por entero diverso el propio proceso: “supondré [...] que una medición –o una teoría completamente cuantificada– *produce siempre ciertas cifras*” (Kuhn, 1961/1977, p. 204). Aquí la diferencia radica en la adecuación del criterio heurístico que el historiador sigue para reconstruir significativamente la historia que le interesa. Kuhn, con formación específica en el campo, impone al pasado de la física un criterio interno (la definición contemporánea de “medición”) y característico del *propio campo disciplinar* y que en esencia–

como demuestra el resto del ensayo del autor- se ha mantenido idéntico como principio metodológico durante los últimos siglos. De esta forma, Kuhn virtualmente obra maximizando la posibilidad de que los actores históricos y las instancias relevadas hablen con voz propia. Boring, por el contrario (y según lo descrito en este trabajo, presumiblemente debido a su formación primaria en un experimentalismo positivista) se halla en una situación más compleja, puesto que como reconoce al inicio de su estudio, la medición en psicología no parece constituir un campo que ha crecido naturalmente desde la psicología, sino que se ha adosado a ella a partir de la incidencia de la física (en particular, de su rigor metodológico). Por tanto, el criterio metodológico al momento de realizar la reconstrucción –la definición de “medición” en psicología- no sólo es *externo a la psicología* (puesto que proviene de las ciencias físicas) sino que además es en extremo *general o ambiguo*. Finalmente –y esto es esencial–, es un criterio que Boring extrae del conjunto de criterios de su formación primaria –psicólogo experimentalista– y no de los criterios propios de la historiografía de la ciencia. Esto, a la vez que proyecta retrospectivamente una valoración positiva hacia el pasado –en torno a la utilidad y al carácter demarcatorio de la observación y medición experimental–, implicaría una aceptación acrítica (o por lo menos no explícitamente criticada) de la medición tal como la definían los experimentalistas americanos (definidos prescriptivamente por Watson, 1965).

Esto último tiene un tono positivista (en un sentido estrictamente epistemológico) que Kuhn no comparte –probablemente por las propias consecuencias que extrae de su estudio minucioso de la historia de la física y que explicitaría en sus obras posteriores–, y que se expresa en el disenso claro entre ambos autores. Según Kuhn, ciertos de sus colegas expositores en el simposio

*parecen entender a veces que la medición es un experimento u observación científicos, carentes de ambigüedad.* De ahí que el profesor Boring suponga que Descartes<sup>20</sup> estaba midiendo cuando demostró la presencia de la imagen retiniana invertida en el fondo del ojo [...] Indudablemente, experimentos como estos figuran entre los fundamentales y más significativos que se conocen en la física, pero no me parece correcto que se describan *sus resultados como mediciones.* (Kuhn, 1961/1977, p. 203-204 [énfasis agregados])

Si bien no tan esclarecedora como una crítica de Kuhn acerca del uso de Boring de sus premisas, este pequeño intercambio ilustra a grandes rasgos las distinciones entre los historiadores de la ciencia profesionales y los historiadores de la psicología orientados por su propia *profesión primaria*, a los cuales Boring representó acabadamente. Más concretamente, ilustra que existen varias vías posibles de recorrerse ante la complejidad de evitar el presentismo e incluso el justificacionismo historiográfico, pero que sin embargo tales vías estarían condicionadas por las nociones filosóficas y sociológicas en torno a la

ciencia que los historiadores detentan previamente.

El caso de la historiografía de Watson es por entero diverso. Múltiples autores recibieron a bien su enfoque psicosociológico de la historia de la disciplina en torno a las prescripciones, reconociendo en él un avance respecto de Boring. Brozek (1982) destacaba luego de la muerte de Watson el carácter explícito, cuantificable y objetivo de las prescripciones (lo que posibilitaba análisis históricos comparativos, entre otras cosas) frente a la vaguedad y falta de forma del *Zeitgeist* boringiano<sup>21</sup>. Efectivamente, las prescripciones dieron lugar a análisis cuantitativos y factoriales que corroboraron las ideas del historiador (Fuchs & Kawash, 1974; Kawash & Fuchs, 1974).

Ciertos puntos en la lectura que Watson realiza de Kuhn son problemáticos. Aquí nos interesa destacar el hecho de que Watson defendiese el carácter acumulativo y progresivo de la historia de la ciencia. El trabajo en que realiza esta defensa (Watson, 1966b), si bien publicado cuatro años después de la monografía de Kuhn, había sido presentado por Watson en un simposio de la APA en el año 1962, y es probable que no realizara cambio alguno al trabajo al momento de someterlo a publicación. Por tanto, el trabajo sería previo a que Watson conociese la filosofía kuhniana. Ya hemos señalado que del propio Kuhn reconoció el carácter acumulativo del conocimiento científico. En ese sentido, Watson adhirió, al igual que Boring en este punto, a la tesis de la continuidad, sin reconocer, al mismo

tiempo, las tesis discontinuistas o historicistas. Esto es significativo puesto que es problemático conjugar la receptividad de Watson en torno a la filosofía de la ciencia kuhniana y un aserto que, defendiendo únicamente el carácter acumulativo de la historia, desconoce las tesis discontinuistas e historicistas de Kuhn, especialmente en torno a la cuestión de las revoluciones científicas. Esto es aún más problemático puesto que como hemos visto, Watson defendía la idea de que cada escuela conformaba un grupo con propios valores, teorías e implícitos metodológicos (lo cual describe un estado escolástico de la ciencia en que no puede hablarse de carácter cumulativo en un sentido más allá de los ámbitos locales de cada escuela psicológica)<sup>22</sup>.

Más problemático que este punto, y más resaltado por historiadores posteriores, ha sido la idea –sobrepticia a las prescripciones– de “temas recurrentes” (Watson, 1966b, p. 66), “asuntos” o “problemas recurrentes”, transversales y en cierto sentido *trans-históricos* en la historia de la psicología. Parte fundamental de la premisa de la historicidad de la ciencia, reconocida incluso por el propio Watson (1960, 1966b), implica que como empresas colectivas las disciplinas científicas adoptan configuraciones y contenidos únicos y particulares en cada momento histórico determinado; configuraciones y contenidos cuyo sentido original es disuelto si el historiador interpreta el pasado predominantemente<sup>23</sup> en términos, valores o conocimientos propios del presente. A la luz de esto, es problemática la aplicación de las prescripciones

si estas implican que, por ejemplo, el “racionalismo” cartesiano es de alguna manera semejante (si no idéntico) al “racionalismo” de los psicólogos de la Gestalt. El problema subyacente se vuelve evidente cuando las distancias temporales que buscan vincularse son mayores: es problemático sostener que existiría una relación de identidad entre la personalidad tal como la comprendía Homero y la personalidad tal como la estudiaron (y la estudian) los personólogos como G. Allport y H. Eysenck –algo que Watson (1966b) sostiene explícitamente–. En pocas palabras, Watson defendía, al menos implícitamente, un continuismo acerca de la *materia prima* de la psicología que parecía ignorar las variaciones y modulaciones de dicha materia prima a lo largo de tres mil años. Tal enfoque sólo se diferencia del de Boring en que, quizás, Watson no perseguía justificar su propio punto de vista teórico con la reconstrucción histórica que esboza: sin embargo, la operación misma de búsqueda de antecesores en el pasado lejano es, en sí, un presentismo que vulnera las tesis subyacentes de la filosofía historicista de la ciencia<sup>24</sup>. Y más importante, tal continuismo redefine la discusión recién esbozada sobre la acumulación, puesto que ya no se trata “de una continuidad evolucionaria de progreso acumulativo, sino una continuidad estática de temas o «problemas persistentes»” (Ash, 1983, p. 164).

Enfoques socio-profesionales de la historiografía posteriores a Watson (Danziger, 1979b, 2013), e incluso enfoques historiográficos sociales en un sentido amplio

(Ash, 1983, 2003) han criticado el uso arriba ilustrado de las prescripciones. El propio Kuhn reconoce –y Watson (1966a) paradójicamente se hace eco de esto– que parte de la configuración inicial de un paradigma responde a la institucionalización del mismo a través de revistas científicas, espacios curriculares en la formación de especialistas, redacción de manuales, etcétera. Tales avances institucionales fundamentan un paradigma que, una vez aceptado como tal luego de una revolución científica, *redefine esencialmente* si no la propia ontología de los objetos científicos, al menos la descripción, percepción y apropiación de dichos objetos por parte de los académicos. En pocas palabras, la profesionalización de la ciencia se concibe como un hito de demarcación que en sí mismo altera revolucionaria y retroactivamente a la disciplina de que se trate. Por tanto, sería falsa la idea de que los valores antiéticos de las prescripciones tal como las concibe Watson postulen alguna identidad entre los objetos psicológicos post-profesionalización de la psicología y los objetos “psicológicos”<sup>25</sup> previos a dicha profesionalización, *más allá de cierta relación inevitable de semejanza* entre el pasado y el presente científico producto de las percepciones y operaciones metodológicas del historiador. En este punto, Watson parece alejarse tanto de Kuhn como de las premisas historicistas de la epistemología que, sin embargo, deben reconocerse como muy prematuras hacia el momento en que Watson redactaba sus obras aquí referidas.

No puede concluirse este apartado revisionista sin notar que otras críticas, en cierto sentido más filosóficas y de índole meta-teórica, consideraron que las falencias tanto de Boring como de Watson provenían precisamente de la *filosofía de la ciencia justificacionista* que según los críticos ambos apoyaban, en un sentido estrictamente epistemológico del término. Es el caso, por ejemplo, de Walter Weimer (una figura sobre la que volveremos en el apartado siguiente), quien sostuvo que las discusiones o debates en torno al *Zeitgeist*, a los grandes hombres y a las prescripciones provenían de la tendencia de Watson, Boring y otros historiadores a concebir a la historia como compuesta por elementos narrativos progresivamente incrustados en relatos mayores, donde tanto los elementos como las historias más generales pretendían demostrar la solidez y la adecuación de los puntos de vista detentados por los historiadores o sus grupos de pertenencia (Weimer, 1979). La alternativa a tal historiografía justificacionista sería, para Weimer, una historiografía no-justificacionista con base en una epistemología retórica (Weimer, 1977)<sup>26</sup>. Tal crítica está dirigida tanto a la calidad de las narrativas históricas, como a la finalidad de las mismas, y en términos generales, se cuestiona una incorporación limitada de la agenda de la filosofía de la ciencia a las reconstrucciones históricas.

Es difícil disentir con que “la versión inherentemente evolucionaria y de carácter progresivamente edificante [*building-block*] de la versión de Boring [...] no puede dar lugar a las genuinas

revoluciones científicas –los cambios incompatibles respecto de teorías y hechos previos–” (Weimer, 1979, p. 228). A pesar de esto, y con Blight (1981), debemos remarcar que semejante crítica sólo parcialmente se aplicaría a Watson, quien, como esperamos haya quedado explicitado, pretendió trascender tanto la filosofía de la historia de Boring como su filosofía de la ciencia, esto último a través de utilizar la filosofía kuhniana como estímulo para desarrollar una teoría y metodología histórica de la psicología propia.

### **Más Allá de Kuhn: Nuevos Lazos entre Historiografía y Filosofía de la Psicología Ante el Post-Positivismo**

Una de las ideas más defendidas por Watson (1966b) refería a la constante reescritura de la historia: puesto que la historia se escribe en función de los intereses de los historiadores, cada generación está destinada (o condenada) a reappropriarse creativamente de la historia de la psicología. Sin embargo, tal reescritura requería para Watson (1960), y como remarca Ash (1983), un grupo especializado de historiadores. Y según Watson, tal grupo necesitaba, entre otras cosas, un mayor refinamiento en filosofía de la ciencia (especialmente a partir de corrientes post-positivistas) en calidad de insumo metodológico. Historiadores contemporáneos a Watson, como Brozek (1969; 1990), Buss (1975), Laver (1977) y Marx (1977), entre otros, fueron igualmente enfáticos en defender la inclusión de consideraciones filosóficas y

meta-científicas en la agenda de los historiadores de la psicología.

No es casual que muchos de dichos autores coincidieran, entonces, en instancias formativas y de entrenamiento historiográfico específico, y que imprimieran su sensibilidad epistemológica a tales instancias, a sus aprendices y doctorandos y en general a quienes estuvieran dispuestos a escuchar (Brozek, 1999; Watson, 1975). Como se ha analizado en otra parte (Fierro, en prensa) estos académicos en cierto sentido inauguraron un nuevo período de la historiografía de la psicología, debido entre otras cosas a la apertura que alentaron respecto a campos disciplinares como la sociología, la filosofía y la historia de la ciencia. De esta forma, los psicólogos-historiadores posteriores a 1960 progresivamente comenzaron a plantearse la posibilidad de vincularse de forma diversa y activa con la filosofía y la sociología de la ciencia. Excede este trabajo una delimitación detallada del impacto de la filosofía de la ciencia posterior y alternativa a Kuhn en la historiografía de la psicología (tanto por las diversas filosofías de la ciencia que se recuperaron en historiografía, como por las implicancias de ciertas revisiones que realizó el propio Kuhn sobre su propia propuesta). Sin embargo, pueden enumerarse aquí varios sentidos en que tales vínculos activos comenzaron a plantearse, especialmente hacia fines de los 60' y durante la década de 1970.

En un primer sentido teórico, los vínculos entre la historiografía y la filosofía de la ciencia se renovaron más allá de las

propuestas de Boring y Watson, por la extracción y derivación de propuestas filosóficas normativas sobre la psicología a partir de la historia de la propia ciencia. El llamado de Young (1966, esp. pp. 16-18) de que los historiadores de las ciencias del comportamiento, al momento de escribir historia, debían reemplazar parámetros experimentalistas y positivistas por parámetros de la historiografía de la ciencia, comenzó a hacer eco sólo hacia 1970. La consideración de los sesgos historiográficos, y en un sentido más general de filosofías de la ciencia post-positivistas como parte esencial del aparato intelectual de los historiadores, conllevó a una mayor conciencia de las peculiaridades de la psicología que hacían a su historia susceptible de análisis para extraer inductivamente una filosofía de la psicología (que incluyera cuestiones generales, como formulaciones sobre filosofía de la mente, y a la vez cuestiones específicas, como la naturaleza normativa de la dinámica de la disciplina). La renovación teórica de los vínculos entre ambas disciplinas queda ilustrada por el argumento, enunciado entre otros por Wolman (1971) sobre la necesidad de que fueran los propios psicólogos los que a través de la reflexión filosófica sistemática elaborasen una *filosofía de la ciencia específica sobre la psicología* no exportada de la epistemología positivista a su vez deudora de las ciencias naturales. En este sentido, sostenía que “la transferencia acrítica de técnicas y conceptos de investigación de una ciencia a la otra, denominada «reducciónismo metodológico» es probablemente una de

las enfermedades infantiles de la ciencia” (Wolman, 1971, p. 882).

En un segundo sentido *práctico*, y como destacan múltiples historiadores (Klappenbach, 2000; Tortosa et al., 1990), la década de 1970 cuestionó el nexo historiografía-epistemología precisamente cuando diversos filósofos de la psicología comenzaron a debatir explícitamente la adecuación y productividad del análisis *kuhniano* de la psicología. Hacia 1970, y más allá de los estudios aislados de Watson, múltiples epistemólogos de la psicología se vieron necesitados de volver sobre la historia para verificar si realmente podía hablarse de “revoluciones paradigmáticas” o de “ciencia normal” en algún momento determinado de la vida de la disciplina (Capshtew, 2014, p. 158). Este movimiento retrospectivo, y la discusión que avivó y que involucró a algunos de los primeros historiadores profesionales de la psicología, a la vez que problematizó la aplicabilidad de las nociones kuhnianas a la psicología, se nutrió de enfoques meta-científicos alternativos (como el lakatosiano, el laudaniano y el popperiano) que por primera vez ponían pie en los debates históricos y teóricos de la psicología.

En un último y complementario sentido de índole *institucional* y *profesional*, ambos campos renovaron su contacto por la incipiente fundamentación de las reconstrucciones históricas de la psicología en teorías filosóficas sobre la ciencia general, concretamente a través de la introducción y discusión de obras epistemológicas

en los espacios de formación y entrenamiento de docentes e investigadores en historia de la psicología<sup>27</sup>.

Al mismo tiempo, los desarrollos en la sociología del conocimiento, en los estudios sociales de la ciencia y de la técnica e inclusive la constitución de nuevas perspectivas en el campo de la historia *a secas*, posibilitaron nuevos rumbos para la historiografía de la psicología.

### Discusión: La historia de la psicología en el umbral de la “Revolución Historiográfica”

¿Pueden extraerse líneas comunes de un campo tan heterogéneo como la metodología y teoría subyacente a la escritura de la historia de la psicología? En caso afirmativo, ¿cuáles serían tales líneas comunes? Al menos por la productividad *limitada* en el ámbito durante los quince años considerados en el presente relevamiento, y especialmente dado que nos hemos centrado en algunas figuras en cierto sentido representativas de la historiografía de la psicología, consideramos que es factible extraer núcleos comunes y transversales a las obras analizadas. Debe reconocerse, en este sentido, que dado que no se ha considerado la historiografía posterior a 1980, aquellas líneas y núcleos comunes han sido claramente hallables: como hemos esbozado brevemente en el último apartado, fue a partir de dicha década que se produjeron los más ricos, fundamentados y en ocasiones polémicos debates disciplinares sobre el vínculo entre la historiografía y la epistemología.

En el marco de las posibles relaciones entre la filosofía y la historia de la ciencia, en lo que a la historiografía de la psicología respecta, hacia 1970 habría existido una aceptación e incorporación predominantemente *acrítica* de la epistemología, en el sentido que se habrían aceptado como agendas heurísticas y como matrices racionales de la reconstrucción histórica los modelos meta-científicos de los filósofos externos a la psicología. A su vez, de entre tales modelos, que hacia 1960 se reducían en gran medida al positivismo, al racionalismo crítico y al modelo discontinuista de Kuhn, fue este último el que habría de atraer la atención de los historiadores. Esto es especialmente cierto para Boring: experimentalista de formación y pedagogo confeso, su filosofía de la ciencia estrictamente determinista y naturalista, y deudora del positivismo lógico, en gran medida marcó su historiografía. Hacia el final de su vida, su incorporación de la obra kuhniana a su marco de análisis fue ciertamente más asimilativa que acomodativa, en términos piagetianos, y un análisis de las obras de Boring muestra una adaptación de las tesis del historiador de la física que alteran en gran medida al Kuhn más conocido. Watson, por el contrario, mantuvo mayor distancia entre sus cometidos profesionales y su modelo historiográfico, al menos en el sentido de respetar el sentido más difundido de las propuestas kuhnianas. Es antes de constatar el carácter “pre-paradigmático” de la psicología que Watson elabora su historiografía prescriptivista, como forma tanto de inteligir qué guía a los psicólogos que carecen de un paradigma

unificador como de hallar una alternativa meta-científica a dichos paradigmas. En un sentido estricto, entonces, Watson no tanto *aplica* la filosofía kuhniana a la psicología, sino que de la consideración de ciertas premisas kuhnianas en vínculo con la psicología, desarrolla un modelo de análisis histórico y, en un sentido limitado, de análisis teórico de la disciplina.

Sin embargo, como hemos visto, ambos enfoques han sido criticados –por falta de rigurosidad, por sesgos al momento de valorar y reconstruir la historia, o por presencia de implícitos idealistas y trans-históricos–, especialmente por los historiadores de la generación inmediatamente posterior. De cualquier manera, en ambos autores relevados y analizados es clara la subordinación de la historia de la ciencia a la filosofía de la ciencia: la segunda elabora prescripciones que guían, orientan o determinan las narrativas de la primera.

De aquí, comprensiblemente, que no se evidencie durante la década reseñada y en las obras relevadas un intercambio disciplinar en la dirección contraria: esto es, análisis históricos realizados por psicólogos sobre la psicología que *extrajen inductivamente modelos filosóficos* primero sobre la ciencia en general pero, más relevante aquí, sobre la estructura y dinámica de la propia disciplina. En cierto sentido, Kuhn fue uno de los únicos filósofos de la ciencia que se sirvió de la psicología para formular su modelo (Kuhn, 1962/1970, 1974/1977), pero no representa un contraejemplo a lo que aquí

sostenemos, dado que constituye un agente externo de la psicología, puesto que su modelo filosófico fue formulado casi exclusivamente con las ciencias naturales y con la física en particular en mente, y dado que el uso que Kuhn realizó de la psicología fue más bien teórico que histórico (en torno a los estudios perceptuales de Bruner y Postman [1949], más específicamente).

Finalmente, y para moderar el impacto de la filosofía de la ciencia –particularmente la kuhniana– en la historiografía analizada, debe reconocerse, con Capshtew (2014), que aún en la primer mitad de la década del 70', la historiografía de la psicología “aún estaba dominada por implícitos positivistas y preocupaciones acerca de problemas demarcatorios, *representados por el continuado respecto otorgado al clásico de cuatro décadas de Boring*” (p. 156 [énfasis propio]). Algo semejante expresaba Mitchell Ash al concluir su clásico capítulo de 1983 luego de reseñar, entre otras cosas, la historiografía crítica y la historia social de la psicología: “Lo que aún se halla faltante es una tensión idénticamente productiva entre los filósofos e historiadores de la psicología, similar a aquella mantenida entre los historiadores y los filósofos de la ciencia generales” (Ash, 1983, p. 182). En este sentido, no sería una exageración conjeturar que el grueso de los autores analizados aquí, y con la probable excepción de Brozek, fueron esencialmente continuistas en lo teórico e internistas en sus explicaciones de la dinámica científica (lo cual

es a su vez comprensible considerando la orientación sociológica *internista* de Kuhn). Serían las tendencias “críticas”, fundamentadas predominantemente en filosofías de la ciencia post-positivistas, y predominantemente sociológicas y externalistas, las que, posterior a la década del 80', canalizarían auténticamente la filosofía de la ciencia en los dos sentidos posibles de la relación ya aludida: utilizando la historia de la psicología en calidad de argumento para criticar modelos filosóficos de la ciencia formulados por filósofos no-psicólogos, y generando modelos filosóficos propios y específicos sobre psicología (esto predominantemente a través de su historia) sobre el cambio teórico, el progreso científico, la racionalidad, etc.

Sin embargo, este viraje a una capitalización significativa de la epistemología fue claramente facilitado, si no por la progresiva incorporación de la filosofía de la ciencia entre los años 1960-1975 (que fue ciertamente limitada y adaptada a los problemas disciplinares), al menos por la actitud de apertura de autores como Watson, Brozek y Weimer, entre otros, en estimular la discusión, formación y entrenamiento de los profesionales en cuestiones historiográficas y *epistemológicas* más generales. Tal actitud de apertura se filtró hasta las generaciones subsiguientes de historiadores que, independiente de su orientación intelectualista, sociológica, cuantitativista o discontinuista, llegan hasta la actualidad –a menudo implícitamente– abordando, entre

otros problemas, la compleja relación entre la filosofía de la ciencia y la reconstrucción histórica de la misma. Un análisis detallado de la apropiación concreta de filosofías de la ciencia

alternativas a la kuhniana por parte de historiadores profesionales de la psicología se juzga como una prolongación inevitable del presente estudio, y complementario de sus objetivos.

## Referencias

- Abib, J. A. D. (2005). Prólogo à historia da Psicologia. *Psicologia: Teoria e Pesquisa*, 21(1), 53-60.
- Araujo, S. F. (2009). Uma visão panorâmica da psicologia científica de Wilhelm Wundt. *Scientiae Studia*, 7(2), 209-220
- Ash, M. (1983). The Self-Presentation of a Discipline: History of Psychology in the United States Between Pedagogy and Scholarship. En L. Graham, W. Lepenies, & P. Weingart (Eds.), *Functions and Uses of Disciplinary Histories*, Volume VII (pp. 143-189). Dordrecht: Reidel.
- Ash, M. (2003). Psychology. En T. Porter, & D. Ross, *The Cambridge History of Science* (pp. 251-274). Nueva York: Cambridge University Press.
- Blight, J. (1981). Toward the reconstruction of psychology and its historiography. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 14(1), 136-143.
- Boring, E. (1927/1963). The problem of originality in science. En R. Watson, D. Campbell (Eds.), & E. Boring, *History, Psychology and Science: Selected Papers by Edwin G. Boring* (pp. 50-66). Nueva York: John Wiley and Sons.
- Boring, E. (1929/1963). Interpretation. En R. Watson, & D. Campbell, *History, Psychology, and Science: Selected Papers by Edwin Boring* (pp. 26-28). Nueva York: John Wiley and Sons.
- Boring, E. (1930). The Gestalt Psychology and the Gestalt Movement. *American Journal of Psychology*, 42, 308-315.
- Boring, E. (1950/1978). *Historia de la psicología experimental*. México D.F., México: Trillas.
- Boring, E. (1950/1990). Grandes Hombres y progreso científico. En F. Tortosa, L. Mayor, & H. Carpintero (Eds.), *La Psicología Contemporánea desde la Historiografía* (pp. 113-134). Barcelona: PPU.
- Boring, E. (1954). Psychological factors in the scientific progress. *American Scientist*, 42(4), 639-645.

- Boring, E. (1955). Dual role of the Zeitgeist in the scientific creativity. *Scientific Monthly*, 80(2), 101-106.
- Boring, E. (1961/1963). The Beginning and growth of measurement in psychology. En R. Watson, D. Campbell (Eds.), & E. Boring, *History, Psychology and Science: Selected Papers by Edwin G. Boring* (pp. 140-158). Nueva York: John Wiley and Sons.
- Boring, E. (1963a). Eponym as placebo. En R. Watson, D. Campbell (Eds.), & E. Boring, *History, Psychology, and Science: Selected Papers by Edwin G. Boring* (pp. 5-25). Nueva York: John Wiley and Sons.
- Boring, E. (1963b). Science keeps on becoming: A review of The Structure of Scientific Revolutions by Thomas S. Kuhn. *Contemporary Psychology*, 8(5), 180-182.
- Brock, A. (2014). Psychology in the modern sense. *Theory Psychology*, 24(5), 717-722.
- Brozek, J. (1969). History of Psychology: Diversity of approaches and uses. *Transactions of the New York Academy of Sciences*, 31(2), 115-127.
- Brozek, J. (1982). Contributions of Robert I. Watson (1909-1980) to the literature on the History of Psychology. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 18(4), 326-331.
- Brozek, J. (1990). Historiography of Psychology: A brief look into the past. *Psychologie und Geschichte*, 2(2), 96-101.
- Brozek, J. (1999). History of a historian of psychology in the United States. *History of Psychology*, 2(2), 83-101.
- Bruner, J., & Postman, L. (1949). On the perception of incongruity: A paradigm. *Journal of Personality*, 18, 206-223.
- Buss, A. (1975). The emerging field of the sociology of psychological knowledge. *American Psychologist*, 30(10), 988-1002.
- Buss, A. (1976). Galton and the birth of differential psychology and eugenics: social, political, and economic forces. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 12(1), 47-58.

- Buss, A. (1977). In defense of a critical-presentist historiography: The fact-theory relationship and Marx's epistemology. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 13(3), 252-260.
- Buss, A. (1978). The structure of psychological revolutions. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 14(1), 57-64.
- Caparrós, A. (1978). La psicología, ciencia multiparadigmática. *Anuario de Psicología*, 19, 79-110.
- Caparrós, A. (1991). Crisis de la psicología: ¿singular o plural? Aproximación a algo más que un concepto historiográfico. *Anuario de Psicología*, 5-20.
- Capshew, J. (2014). History of Psychology since 1945: A North American Review. En R. Backhouse, & P. Fontaine, *A Historiography of the Modern Social Sciences* (pp. 144-182). Nueva York, Estados Unidos: Cambridge University Press.
- Coleman, S., & Salamon, R. (1988). Kuhn's structure of scientific revolutions in the psychological journal literature, 1969-1983: A Descriptive study. *Journal of Mind and Behavior*, 9(4), 415-446.
- Danziger, K. (1979a). The positivist repudiation of Wundt. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 15(3), 205-230.
- Danziger, K. (1979b). The social origins of modern psychology. En A. Buss (Ed.), *Psychology in Social Context* (pp. 27-45). Nueva York: Irvington.
- Danziger, K. (1990). The social context of research practice and the history of psychology. En W. Baker, R. Van Hezewijk, M. Hyland, & S. Terwee, *Recent Trends in Theoretical Psychology*, Vol. II (pp. 297-303). Nueva York: Springer-Verlag.
- Danziger, K. (1997). The moral basis of historiography. *History and Philosophy of Psychology Bulletin*, 9(1), 6-15.
- Danziger, K. (2013). Psychology and its history. *Theory & Psychology*, 23(6), 829-839.
- Fierro, C. (2015). Las controversias históricas en psicología: ¿anomalías irracionales egotistas o instancias estructurales de debate racional? *Summa Psicológica*, 12(1), 39-50.

- Fierro, C. (En prensa). Institucionalización y profesionalización de la historia de la psicología como especialidad en Estados Unidos: Influencias de la historia, la sociología y la filosofía de la ciencia. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 7(3).
- Friedman, R. (1967). Edwin G. Boring's "mature" view of the science of science in relation to a deterministic personal and intellectual motif. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 3(1), 17-26.
- Fuchs, A., & Kawash, G. (1974). Prescriptive dimensions for five schools of psychology. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 10(3), 352-366.
- Furumoto, L. (1989). The new history of psychology. En I. Cohen (Ed.), *The G. Stanley Hall Lecture Series* (Vol. 9) (pp. 5-34). Washington, D.C: APA.
- Gallegos, M. (2014). Thomas Kuhn y su vinculación con la psicología: Un homenaje de despedida. *Revista de Historia de la Psicología*, 35(2), 65-92.
- Gruba-McCallister, F. (1978). Efficient Causality in Boring's Work and Thought: A Case of One-Sided Determinism. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 14(3), 207-212.
- Guillaumin, G. (2005a). Historia de la ciencia y filosofía de la ciencia: Relaciones inestables e historicidad de la ciencia. En S. Martínez, & G. Guillaumin (Eds.), *Historia, Filosofía y Enseñanza de la Ciencia* (pp. 177-194). México, D.F.: UNAM.
- Guillaumin, G. (2005b). De las teorías a las prácticas científicas: algunos problemas epistemológicos de la "nueva" historiografía de la ciencia. En S. Martínez, & G. Guillaumin (Eds.), *Historia, Filosofía y Enseñanza de la Ciencia* (pp. 235-248). México, D.F.: UNAM.
- Henle, M. (1973). On controversy and its resolution. En M. Henle, J. Jaynes, & J. Sullivan, *Historical Conceptions of Psychology* (pp. 47-59). Nueva York: Springer.
- Hilgard, E.; Leary, D. & McGuire, G. (1991). The History of Psychology: A survey and critical assessment. *Annual Review of Psychology*, 42, 79-107.
- Jaynes, J. (1969). Edwin Garrigues Boring: 1886-1968. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 5(2), 99-112.

- Kawash, G. & Fuchs, A. (1974). A factor analysis of five schools of psychology on prescriptive dimensions. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 10(4), 426-437.
- Klappenbach, H. (2000). Historia de la historiografía de la psicología. En J. C. Ríos, R. Ruiz, J. C. Stagnaro, & P. Weissman (Comp.), *Psiquiatría, Psicología y Psicoanálisis: Historia y Memoria* (pp. 238-268). Buenos Aires: Polemos.
- Klappenbach, H. (2006). Construcción de tradiciones historiográficas en psicología y psicoanálisis. *Psicología em Estudo*, 11(1), 3-17.
- Klappenbach, H. (2013). Aportes de la historia de la psicología a la integración y diversidad en psicología. *Conferencias del XXXIV Congreso Interamericano de Psicología* (pp. 83-97). Brasilia: Sociedad Interamericana de Psicología.
- Klappenbach, H. (2014). Acerca de la metodología de investigación en la historia de la psicología. *Psykhé*, 23(1), 1-12.
- Kuhn, T. (1961/1977). La función de la medición en la física moderna. En T. Kuhn (Comp.), *La Tensión Esencial. Ensayos Selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia* (pp. 202-247). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (1962/1970). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Kuhn, T. (1968/1977). Las relaciones entre la historia y la filosofía de la ciencia. En T. Kuhn (Comp.), *La Tensión Esencial: Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia* (pp. 27-45). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (1974/1977). Algo más sobre los paradigmas. En T. Kuhn (Comp.), *La Tensión Esencial: Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia* (pp. 317-343). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (1975). Consideración en torno a mis críticos. En I. Lakatos & A. Musgrave (Eds.). *La crítica y el desarrollo del conocimiento* (pp. 391-454). Barcelona: Grijalbo.
- Kuhn, T. (1979). Segundas reflexiones acerca de los paradigmas. En F. Suppe (Ed.), *La estructura de las teorías científicas* (pp. 509-533). Madrid: Ed. Nacional

- Lafuente, E. (2011). De anomalía biográfica a modelo historiográfico: la Historia de la Psicología Experimental de E. G. Boring, una cuestión disputada. *Revista de Historia de la Psicología*, 32(1), 55-72.
- Laudan, L. (1990/2005). La historia de la ciencia y la filosofía de la ciencia. En S. Martínez, & G. Guillaumin (Eds.), *Historia, Filosofía y Enseñanza de la Ciencia* (pp. 131-146). México, D.F.: UNAM.
- Laudan, R. (1992/2005). La “nueva” historia de la ciencia: Implicaciones para la filosofía de la ciencia. En S. Martínez, & G. Guillaumin (Eds.), *Historia, Filosofía y Enseñanza de la Ciencia* (pp. 121-130). México, D.F.: UNAM.
- Laver, B. (1977). The Historiography of Psychology in Canada. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 13(3), 243-251.
- Lovett, B. (2006). The New History of Psychology: A review and critique. *History of Psychology*, 9(1), 17-37.
- Madden, E. (1965). E. G. Boring's Philosophy of Science. *Philosophy of Science*, 32(2), 194-201.
- Marx, O. (1977). History of psychology: A review of the last decade. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 13(1), 41-47.
- Masterman, M. (1970/1975). La naturaleza de los paradigmas. En I. Lakatos, & A. Musgrave (Eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento* (pp. 159-202). Barcelona: Grijalbo.
- Medina, E. (1983). La polémica Internalismo/Externalismo en la Historia y la Sociología de la Ciencia. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 23, 53-75.
- Nance, D. (1962). Current practices in teaching history of psychology. *American Psychologist*, 17, 250-252.
- Nickles, T. (2005). ¿Cuál es la relación entre la filosofía de la ciencia y la historia de la ciencia? En S. Martínez, & G. Guillaumin (Eds.), *Historia, Filosofía y Enseñanza de la Ciencia* (pp. 195-224). México, D.F.: UNAM.
- O'Donnell, J. (1979). The crisis of experimentalism in the 1920s. *American Psychologist*, 34(4), 289-295.

- Ovejero Bernal, A. (1994). Wilhelm Wundt: ¿fundador de la psicología experimental no social o de la psicología social no experimental? *Revista de Historia de la Psicología*, 15(1/2), 123-150
- Pickren, W. (2012). Internationalizing the History of Psychology course in the USA. En F. Leong, W. Pickren, M. Leach, & A. Marsella, *Internationalizing the Psychology Curriculum in the United States* (pp. 11-28). Nueva York: Springer.
- Rancurello, A. (1968). *A study of Franz Brentano*. Nueva York: Academic Press.
- Riedel, R. (1974). The current status of the history and systems of Psychology courses in American Colleges and Universities. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 10(4), 410-412.
- Ross, D. (1969). The “Zeitgeist” and American Psychology. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 5 (3), 256-262.
- Samelson, F. (1980). E.G. Boring and his History of Experimental Psychology. *American Psychologist*, 35(5), 467-470.
- Serroni-Copello, R. (1986). La tensión esencial en Psicología. En G. Klimovsky, M. Aguinis, L. Chiozza, J. Sac, & R. Serroni-Copello, *Opiniones sobre la Psicología* (pp. 133-167). Buenos Aires: ADIP.
- Shapere, D. (1964). The Structure of Scientific Revolutions. *Philosophical Review*, 73, 383-394.
- Shapin, S. (1992/2005). Disciplina y delimitación: La historia y la Sociología de la Ciencia a la luz del debate externismo-internismo. En S. Martínez, & G. Guillau-min (Eds.), *Historia, Filosofía y Enseñanza de la Ciencia* (pp. 67-119). México, D.F.: Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Sokal, M. (1984). History of psychology and history of science: Reflections on two subdisciplines, their relationship, and their convergence. *Revista de Historia de la Psicología*, 5(1-2), 337-347.
- Sokal, M. (2006). The origins of the new psychology in the United States. *Physis Rivista Internazionale di Storia della Scienza*, 43(1-2), 273-300.
- Tortosa, F., Calatayud, C., & Pérez-Garrido, A. (1992). E.G. Boring en la historiografía contemporánea. *Revista de Historia de la Psicología*, 13(2-3), 335-351.

- Tortosa, F., Mayor, L., & Carpintero, H. (1990). La Historiografía de la Psicología: Orientaciones y Problemas. En F. Tortosa, L. Mayor, & H. Carpintero, *La Psicología Contemporánea desde la Historiografía* (pp. 25-48). Barcelona, España: PPU.
- Vaughn-Blount, K., Rutherford, A., Baker, D., & Johnson, D. (2009). History's Mysteries Demystified: Becoming a Psychologist-Historian. *American Journal of Psychology*, 122(1), 117-129.
- Vicedo, M. (1992/2005). ¿Es pertinente la historia de la ciencia en la filosofía de la ciencia? En S. Martínez, & G. Guillaumin (Eds.), *Historia, Filosofía y Enseñanza de la Ciencia* (pp. 225-234). México, D.F.: UNAM.
- Watson, R. (1960). The History of Psychology: A Neglected Area. *American Psychologist*, 15(4), 251-255.
- Watson, R. (1963). *The great psychologists: from Aristotle to Freud*. Philadelphia: Lippincott.
- Watson, R. (1965). The historical background for national trends in psychology: United States. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 1(2), 130-138.
- Watson, R. (1966a). Review of Thomas S. Kuhn, The structure of scientific revolutions. (International encyclopedia of unified science, volume II, number 2). *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 2(3), 274-276.
- Watson, R. (1966b). The role and use of History in the Psychology curriculum. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 2(1), 64-69.
- Watson, R. (1967/1990). La Psicología: Una ciencia prescriptiva. En F. Tortosa Gil, L. Martínez, & H. Carpintero (Eds.), *La Psicología contemporánea desde la Historiografía* (pp. 175-194). Barcelona: PPU.
- Watson, R. (1975). The History of Psychology as a Specialty: A personal view of its first 15 years. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 11(1), 5-14.
- Watson, R. (1979). The History of Psychology conceived as social psychology of the past. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 15(1), 103-114.
- Watson, R. & Campbell, D. (1963a). Editor's Foreword. En R. Watson, & D. Campbell, *History, Psychology and Science: Selected Papers by Edwin G. Boring* (pp. v-viii). Nueva York: John Wiley and Sons.

- Weimer, W. (1977). Science as a rhetorical transaction: Toward a nonjustificational conception of rhetoric. *Philosophy & Rhetoric*, 10(1), 1-29.
- Weimer, W. (1979). *Notes on the methodology of scientific research*. Nueva York: Erlbaum.
- Wettersten, J. (1975). The historiography of scientific psychology: A critical study. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 11(2), 157-171.
- Wolman, B. (1971). Does psychology need its own philosophy of science? *American Psychologist*, 26(10), 877-886.
- Young, R. (1966). Scholarship and the history of the behavioural sciences. *History of Science*, 5, 1-51.

## Notas

- 1 De hecho, dicha generación estuvo compuesta, entre otros, por E. Heidbreder, G. Murphy, G. S. Brett y W. Woodworth, entre otros (Fierro, 2015; Klappenbach, 2013)
- 2 Esto no excluye que su obra haya fundamentado la casi totalidad de los cursos de pregrado de historia de la psicología durante los 60' y 70' en Estados Unidos (Ash, 1983; Nance, 1962; Riedel, 1974; Pickren, 2012), que el propio Boring haya sido tutor de otros historiadores (como R. Watson) y que su obra citada haya sido recurso esencial de múltiples obras históricas durante los 60' y 70' (c.f. Buss, 1977, 1978; Rancurello, 1968).
- 3 Autores como Friedman (1967) y Gruba-McCallister (1978) argumentan, sin embargo y a partir de un análisis crítico de las obras de Boring, que la opción historiográfica del autor –un personalismo supra-histórico de cuño idealista– se formuló tan temprano como hacia 1927, manteniéndose hasta su muerte.
- 4 Para una descripción general de tales cambios, véase Furumoto (1989). Para una descripción complementaria por parte de un historiador de la ciencia, véase Ash (2003).
- 5 Watson & Campbell (1963a) constituye una clara evidencia de la temprana conciencia de ciertos historiadores de la psicología sobre la integración jerárquica, al interior de la filosofía de la ciencia (denominada por los propios autores referidos como “ciencia de la ciencia”), de la historia, la sociología y la psicología de la ciencia. Respecto de la relación historia-filosofía de la ciencia, allí se asume que la historia constituye “una fuente de ejemplos para testear generalizaciones provenientes de otros sub-campos de la ciencia de la ciencia, tal como la sociología y la psicología de la ciencia” (Watson & Campbell, 1963a, p. vi).
- 6 Como señalan Ash (1983) y Capshew (2014), Murphy publicaba hacia 1949 la revisión de su obra de 1929 con una noción de psicología relativamente *contextual*; Woodworth publicaba hacia 1948 la revisión de su compendio de 1931 y Boring, en 1950, publicaba la segunda edición de su historia de la psicología experimental de 1929. Sobre la revisión de Boring, sin embargo, véase la nota 3.
- 7 Boring parece contradecirse en este punto, al afirmar simultáneamente la existencia de Grandes Hombres como emergentes, consecuencias o herramientas del *Zeitgeist*, pero a la vez argumentando que tales hombres “han estado marcados respecto del resto puesto que su actividad [científica] operaba dentro de un cerebro particular con un considerable pero mínimo reforzamiento social” (Boring, 1963, p. 20 [énfasis agregado]).
- 8 En el marco de las posibles relaciones entre la filosofía de la ciencia y la historia de la ciencia (Nickles, 2005), Boring fue, por lo anterior y de hecho, pionero en proponer reconstrucciones de la historia de la psicología que consideraran agendas específicas en filosofía (en este caso la kuhniana) como guías y *a priori* metodológicos –lo cual tiene implicaciones metodológicas (Vicedo, 1992/2005), aparentemente no contempladas por el autor–. En este sentido, identificó el paso del dualismo cartesiano al conductismo a él contemporáneo y el paso de la morfología wundtiana de la conciencia a la dinámica del campo gestáltica como “pequeñas revoluciones científicas” (Boring, 1963b, p. 180).

- Sin embargo, como se analiza a continuación, tal identificación fue anecdótica en la obra del psicólogo, y teóricamente sesgada. Cabe destacar, a su vez, que en la referencia citada, Boring parece omitir el tratamiento ciertamente sesgado y hasta hostil que había realizado en torno a la Gestalt hacia los años 30<sup>9</sup>, tratamiento fundamentado tanto en su historiografía naturalista como en el conflicto entre su propia postura epistemológica y psicológica y aquella de los gestaltistas, especialmente de Köhler y Koffka (Ash, 1983, pp. 149-155).
- 9 Como Boring y muchos otros historiadores, Watson acepta implícitamente, en el debate historia-filosofía de la ciencia, la idea de que la filosofía de la ciencia –en este caso la kuhniana–, aplicada a la psicología, puede oficiar como un *a priori* que guíe tanto el estudio de la ciencia como las reconstrucciones históricas de la disciplina. Sin embargo, en este punto no parece realizar una mera aplicación de la filosofía kuhniana. La pregunta de investigación, más bien, parece apuntar a clarificar qué ha ocupado en psicología el vacío dejado por un paradigma o estrategia investigativa universalmente consensuado. Es ante el reconocimiento del disenso en cuestiones basales que Watson sostiene que “la psicología no ha experimentado todavía su revolución paradigmática inicial” (Watson, 1967/1990, p. 178).
- 10 Recuérdese la igualación práctica que hace Boring entre *Zeitgeist*, paradigma y matriz psicosocial, ignorando gran parte de las peculiaridades del concepto kuhniano.
- 11 En una laxa analogía con la dinámica “ciencia normal-anomalías-revolución científica” de la filosofía de la ciencia kuhniana, es cuando las prescripciones dejan de ser efectivas en ciertos problemas o ante ciertos casos concretos, y cuando consecuentemente surgen prescripciones alternativas, que las prescripciones originales deben ser verbalizadas y objeto de escrutinio consciente, incluso comunitario. Puesto que tales problemas, casos o alternativas suscitan controversias científicas, se estima tales controversias como episodios especialmente valiosos para el estudio de la racionalidad científica y del cambio teórico. Véase Henle (1973) y más recientemente, Fierro (2015).
- 12 Tal idea había sido expresada, en términos no kuhnianos, por autores previos a Watson como S. Koch, y en términos kuhnianos por autores como A. Buss (1978). Y en el subsistema social de la psicología de habla hispana, un año antes del texto referido del historiador anglosajón, Caparrós (1978) había definido, explícitamente en términos kuhnianos, a la psicología como una ciencia *multiparadigmática*.
- 13 Este ejemplo es ilustrativo, y no implica que los autores del presente trabajo acepten la definición del conductismo (u otra teoría o sistema psicológico) como “paradigma” de la psicología, o que acepten la aplicabilidad de la filosofía de la ciencia kuhniana a la historia y sistematología de la psicología.
- 14 Para el propio psicólogo *qua* científico, a su vez, el determinismo como principio filosófico se filtra hacia la propia función de la ciencia, que deberá ocuparse del estudio y explicación de las *causas* materiales eficientes en la psicología, y no de los hechos, factores, fenómenos, etc. (Boring, 1963a).

- 15 Dado que Boring iguala el *Zeitgeist* con los paradigmas, es imperativo notar aquí las múltiples críticas al uso de Boring de aquel concepto en la explicación histórica, críticas que según Ross (1969) remiten a la excesiva generalidad del término, al idealismo fundante de la noción que excluye factores sociales, políticos y culturales, a su simplismo descriptivo, a su nula potencia explicativo-causal, al peligro de recursividad y de distorsión retrospectiva a que conduce, y a la escasa clarificación que provee tal noción. No sólo son patentes las diferencias con el concepto de “paradigma” kuhniano (que, si bien ambiguo, Kuhn clarificó progresivamente hasta la noción de “matriz disciplinar” y que nunca emparentó con el idealismo): insoslayable es el hecho de que, a diferencia de dichas matrices –que constituyen según Kuhn (1962/1970) no más que la comunidad respecto a la axiología, las presuposiciones metafísicas, las generalizaciones simbólicas y los ejemplares contenidos en las obras clásicas–, en Boring se sugiere que factualmente existe *algo ontológicamente consistente* detrás del *Zeitgeist*. En ocasiones es una finalidad o un sentido de la historia de la ciencia definida teleológicamente (Boring, 1955, 1963a), y en ocasiones es la propia realización (en estado embrionario) del futuro de la ciencia (Boring, 1950/1978, 1963b). Como se desarrolla a continuación, esto distorsiona tanto el concepto kuhniano como el producto de la reconstrucción histórica, realizada esta de forma finalista y a partir del punto de vista y de los conocimientos del historiador: “En la práctica, el *Zeitgeist* se vuelve la tendencia en la cultura que estimuló el evento en cuestión: un proceso de lectura retrospectiva del resultado histórico hacia sus análogos antecesores, en lugar de un análisis histórico independiente [del presente]” (Ross, 1969, p. 259).
- 16 A partir de estos argumentos y de otros no abordados aquí, consideramos con Friedman (1967) que, a pesar de la percepción que Boring tuvo de sí como un historiador individualista o personalista puede ser revisada críticamente (c.f. Lafuente, 2011; Tortosa, Calatayud, & Pérez-Garrido, 1992).
- 17 Si bien es ampliamente conocida la crítica a la ambigüedad del concepto de paradigma en la obra kuhniana original (Masterman, 1970/1975; Shapere, 1964), es claro que uno de los sentidos transversales a todas las variadas connotaciones del término que Kuhn da al término apuntan a su naturaleza de marco o esquema (teórico, conceptual o filosófico), del tipo que constituyen las causas formales.
- 18 Este disenso de Boring, y las consecuencias que de tal postura se derivan para la reconstrucción de la historia de la ciencia, ilustra el carácter certero de una crítica puntual que un *nuevo* historiador de la psicología, Kurt Danziger, realizaría años después a la historiografía positivista e individualista de la psicología fundamentada en la sociología internalista de la ciencia de autores como J. Ben-David y R. Collins: que el *criterio de relevancia* que se utiliza para realizar las reconstrucciones históricas se erige a partir de la *necesidad de reconstruir* las narrativas que los historiadores *previamente han concebido* en base a sus conocimientos, intereses e hipótesis previas: “la perspectiva del sociólogo sustituye la perspectiva de la figura histórica en cuestión” (Danziger, 1979b, p. 30). Compárese tal reemplazo de carácter metodológico con la apropiación selectiva

que Boring realiza de Kuhn y que tiene raíz en la frase citada. En cierto sentido, la crítica de Danziger fue precedida por una crítica semejante realizada por Ross (1969): véase la nota 10.

- 19 La relación de rechazo y exclusión de Boring con la filosofía y con la metafísica puede explicarse, entre otras cosas, por la herencia teórica de su maestro, E. Titchener, quien fuera extremadamente crítico de la unión entre filosofía y ciencia (Ash, 1983, pp. 171-172; Jaynes, 1969), por la situación institucional de la psicología en Harvard (el lugar de trabajo del historiador) hacia 1910 cuando comenzó con sus primeras obras –esto es, fuertemente emparentada con la filosofía (O'Donnell, 1979; Samelson, 1980; Sokal, 2006) –, y por supuesto, por los *a priori* positivistas y naturalistas del autor (Madden, 1965). Tal relación de rechazo determinó teórica y metodológicamente las historias de Boring; el análisis de Ash (1983) al respecto continúa siendo una de las guías más completas disponibles.
- 20 En la versión impresa del texto de Boring, el autor alude a Kepler en este punto. Existe la posibilidad de que Kuhn se equivoque al recordar la exposición de Boring, intercambiando a Kepler por Descartes; sin embargo, es también plausible que en la comunicación oral, Boring se refiriera originalmente a Descartes y, al enviar a *Isis* su versión escrita, la reemplazase por Kepler.
- 21 Watson percibió claramente los fundamentos de las críticas esbozadas arriba en torno a la filosofía de la ciencia y de la historia de Boring. Al describir según sus prescripciones la psicología norteamericana del período 1930-1960, Watson destacó que tal psicología era determinista, monista, físcalista y naturalista (rasgos que caracterizaron a la generalidad de los experimentalistas norteamericanos y por consiguiente, a Boring). Finalmente, reconocía que el operacionalismo de la psicología norteamericana, con raíces en Comte, Mach y el positivismo lógico de Viena “había sido extraído de la física y de la filosofía de la ciencia” (Watson, 1965, p. 133) e introducido en la psicología por P. Bridgman. Todas las orientaciones científicas descritas son las que, como se ha argumentado aquí y en otros trabajos (Ash, 1983; Fierro, en prensa; Gruba-McCallister, 1978; Madden, 1965)
- 22 No puede desarrollarse más profundamente este tema en el presente trabajo, pero debe remarcarse que la cuestión no es simple puesto que Watson, aun si hubiera sostenido la tesis de la acumulación sólo previamente a su lectura de Kuhn, a la vez negó la idea de que “todo lo que es potencialmente valioso [del pasado] sobrevive en el presente” (Watson, 1966, p. 65), sosteniendo la idea (muy *kuhniana*) de que, independientemente del conocimiento tomado como cierto en un momento histórico determinado, y en coexistencia con él, los científicos asumen como verdaderas ideas y teorías nucleares a sus escuelas o grupos de pertenencia que se demostrarían como inadecuadas o falsas ante examinaciones críticas realizadas por fuera de tales escuelas. “Un hecho que no es parte del patrón actual [aceptado por una escuela] puede tomar un nuevo significado al ser visto en el contexto de una nueva teoría” (Watson, 1966, p. 66). En términos de Ash (1983), “la ciencia se desarrolla continuamente, y en nuevos contextos teóricos

- de tal forma creados, ideas y hechos del pasado pueden cobrar una nueva relevancia" (p. 163).
- 23 Se asume aquí que el presentismo es una cuestión de gradientes y no binaria, puesto que *toda* historiografía necesariamente por su raíz contemporánea echa mano a conocimientos, valores u orientaciones del presente (Buss, 1977; Danziger, 1997). De aquí que la cuestión, como han remarcado múltiples historiólogos de la psicología, sea minimizar las distorsiones retrospectivas en la medida en que esto sea posible.
- 24 Aunque debe notarse, a su vez, que Watson (1966b) distinguió claramente entre presentismo e historicismo, alejándose de aquel en tanto juicio valorativo positivo en torno al conocimiento contemporáneo concebido como la cúspide cognoscitiva en desmedro del conocimiento pasado. Específicamente, Watson caracterizó al estudio presentista de la historia como el análisis de la historia *desde la perspectiva del presente*: "Principios e hipótesis se extraen de nuestro conocimiento *del pasado* para utilizarlos en *el presente*" (Watson, 1966b, p. 65 [énfasis agregado]).
- 25 Nótese que las comillas responden a las implicancias de un enfoque socio-profesional como el que se ha descrito: no podría hablarse estrictamente de objetos *psicológicos* previo a la conformación, organización y delimitación de la disciplina "psicología" y del grupo de profesionales que arbitran la producción y legitimación del conocimiento que pretende ser psicológico. Considerando ciertos pronunciamientos recientes al respecto (Brock, 2014), lo que de este modelo historiográfico socio-profesional sea inaplicable para los conocimientos científicos de los siglos XVI-XIX (debido a la disponibilidad del vocablo "psicología" a partir del 1600), permanece aplicable a períodos históricos marcadamente remotos, como la edad media (Watson, 1960) o, más aún, la filosofía helenística (Watson, 1963, 1966b).
- 26 Sin embargo, e independientemente de lo que sostiene el autor, una alternativa a tal historiografía justificacionista también lo sería una historiografía no justificacionista en el sentido de alternativa al positivismo, y por tanto, una historiografía fundamentada en filosofías de la ciencia como la racionalista crítica.
- 27 Cabe destacar que la confección de modelos meta-científicos sobre psicología, extraídos inductiva y estrictamente de la historia de la disciplina y no deducidos a partir de aplicar modelos epistemológicos externos (provenientes de la física, especialmente) sólo comenzó a tomar forma hacia la década de 1980, cuando se consolidó en el mundo académico anglosajón la denominada "theoretical psychology" y cuando los historiadores profesionales con intereses filosóficos comenzaron a elaborar tales modelos de forma sistemática. Para una breve reseña (más bien histórica) de algunas de dichas cuestiones, véase Klappenbach (2000, pp. 249-259) y Sokal (1984).

Recibido: 31 de agosto de 2015

Aceptado: 04 de septiembre de 2015